3376

Diana

5

DIANA DE CHIVRI,

DRAMA EN CINCO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON GASPAR FERNANDO COLL.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1839.

PERSONAGES.

LEONARDO ASTHON.
EL SEÑOR DE CHIVRI.
JORGE.
FELIPE.
MARCIAL.
VALERIANO.
DE LASCY.
DELAUNAY.
DE VICNEUL.
EL PROCURADOR DEL REY.
EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL.
LUIS.
LA SEÑORA DE KERMIC.
DIANA DE CHIVRI.
MARTA.
JUECES.—CRIADOS.

La escena pasa en los dos primeros actos en el castillo de la señora de Kermic, cerca de Ancenis; en el tercero en el castillo de Asthon, y en los dos últimos en Nantes.

Este drama es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Salon en el piso bajo. Puerta y ventanas en el foro. Puertas laterales. Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MARTA. VALERIANO.

(*Marta arregla la lumbre y barre con una escobita la ceniza. Valeriano entra por la puerta de la izquierda, vestido de guarda-bosque, con el capote mojado y llenas de lodo las polainas. Dos lámparas encima de la chimenea alumbran el salon.*)

Marta. (*Mirando algunos objetos que estan encima de una mesa.*) Bien se conoce que el señorito Marcial está en el castillo; en todo reina el mayor desórden. Felizmente han terminado ya las vacaciones, y mañana regresa á Paris. (*Oye abrir la puerta.*) Qué ruido es ese?

Valeriano. Soy yo, señora Marta; no tengais miedo.

Marta. Qué venis á buscar?

Valeriano. A la señora marquesa.

Marta. Está cenando con el señorito Marcial y la señorita Diana.

Valeriano. (*Quitándose el capote.*) En ese caso, la esperaré.

Marta. En el salon?

Valeriano. En el salon. (*Acerca un sillon á la lumbre y estiende en él el capote.*)

Marta. (*Acercándose á la chimenea.*) Qué estais haciendo?... Eh! no coloqueis el capote mojado encima de ese sillon.

Valeriano. (*Impidiendo que Marta toque el capote.*) No se constipará.

Marta. (*Colérica.*) Es decir, que habeis resuelto terminantemente esperar aqui á la señora marquesa?

Valeriano. Terminantemente.

Marta. Me parece que no invernareis en esta casa; os advierto que á la señora no le hacen gracia esas libertades; y si fuese á decirle que os habeis instalado en esta pieza...

Valeriano. (*Sentándose delante de la chimenea.*) Probablemente os lo agradeceria, porque no hago mas que obedecer sus órdenes.

Marta. (Sus órdenes... Ese trasto ha logrado hechizar á la señora en el término de tres dias, que son los que han transcurrido desde que entró á su servicio.) (*Se vuelve y ve á Valeriano sentado delante de la chimenea.*) Pues no se está calentando á la lumbre de la señora marquesa!

Valeriano. La apago por ventura?

Marta. La de la cocina es bastante buena para vos.

Valeriano. (*Levantándose y ofreciendo un polvo á Marta.*) Y aun creo que mejor. Señora Marta, vos sabeis lo mismo que yo, que los amos no disfrutan siempre de lo mejor de la casa.

Marta. Eso sucederá en la del señor de Furieres, de la que acabais de salir... Un libertino, que ha derretido su patrimonio en el juego...

Valeriano. Qué mas?

Marta. (*Continuando.*) Y que, perseguido por sus acreedores, se ha visto en la necesidad de retirarse á la Bretaña, y de ocultarse como un ladron en la única posesion que le queda del inmenso caudal que de su padre heredó.

Valeriano. (*Riendo.*) Cómo ha de ser, señora Marta... la juventud no da mas de sí.

Marta. Qué horror!... Aunque bien mirado, no estraño nada de lo que decis. Tal amo, tal criado.

Valeriano. Ese refran solo es aplicable á los hombres; porque nuestra señora es la bondad personificada.... y vos....

Marta. Qué?... qué?...

Valeriano. (*Con amabilidad.*) Que no soy tan malo como parece.

Marta. Cómo! A mí?...

Valeriano. Ah! seriais tan amable si anunciárais á la señora que la estoy esperando.

. Podeis hacerlo vos: el que se sienta en el sano debe tener inconveniente en entrar en el corador.

iano. No: estan en él el señorito Marcial y la señorita Diana y quiero ver en secreto á la señora marquesa.

Marta. (*Imitándole.*) Ah! en secreto?

Valeriano. (*Con humildad fingida.*) Mejor dicho: es ella la que quiere.

Marta. Sois muy feliz... Los criados de tres dias gozan de la confianza de los amos, y los guarda-bosques aguardan en los salones.

Valeriano. En estos tiempos, señora Marta, un guarda-bosques que no teme un balazo es quizas mas útil que una ama de llaves en una casa como esta.

Marta. Qué decis, señor Valeriano?

Valeriano. Digo, que estamos en un pais en el que se batian no hace todavia un mes, y que no faltan en los bosques que circunvalan el castillo algunos pícaros dispuestos á venir en busca de cena y de cama.

Marta. (*Asustada.*) Jesus! Jesus! Cuando querrá Dios que tengamos paz! Seré tan desgraciada que vea otra vez lo que he visto ya?

Valeriano. Muy terrible será lo que presenciásteis segun os veo temblar al recordarlo solamente.

Marta. Y tanto! Hace ya mucho tiempo, treinta y dos años; no estamos en 1832?

Valeriano. Sí, á 19 de octubre de 1832.

Marta. En ese caso tengo razon; hace treinta y ocho años que este castillo fue invadido por los republicanos; una docena de hidalgos que en él se refugiaron despues de la batalla de Ancenis, se defendieron por espacio de seis horas contra un batallon entero, se parapetaron de piso en piso y de pieza en pieza: aqui murieron el señor de Kermic, marido de la señora, sus dos hermanos y el anciano Asthon, abuelo del que mandaba últimamente los realistas de la Vendée.

Valeriano. Y que, segun dicen, se ocultaron en el pais.

Marta. Sí, de doce que eran solo uno escapó.

Valeriano. Cuál?

Marta. El señor de Chivri, á quien pudo oculta n su habitacion la hija de la señora marquesa.

Valeriano. Y quién es ese señor de Chivri?

Marta. Toma, el padre del señorito Marcial y e señorita Diana, el conde del mismo nombre, despues de haber escapado del degüello, pasó ci años en Inglaterra y que cuando regresó de la emigracion, se casó con la señorita de Kermic, la hija de nuestra ama.

Valeriano. Y los señoritos, son los únicos hijos de ese matrimonio?

Marta. Tienen dos hermanos mayores, uno que nació en 1802 y otro en 1803.

Valeriano. Segun eso van á cumplir treinta años.

Marta. Precisamente.

Valeriano. Y el señorito Marcial cuántos cuenta?

Marta. Vino al mundo en el mes de febrero de 1814.

Valeriano. Luego tiene ya diez y ocho... yo solo le hacia unos quince, es tan pequeño y tan delgado; parece una muger vestida de hombre. Y la señorita Diana?

Marta. (*Muy triste.*) Oh! fue muy triste el dia de su nacimiento.

Valeriano. Como nació ciega...

Marta. Y no solo eso: su madre murió á las pocas horas.

Valeriano. Ah! y ese será el motivo por qué se quedó en casa de la señora de Kermic.

Marta. Su padre vivia en Paris y sus ocupaciones no le permitian cuidar de una niña enferma.

Valeriano. No quiere á sus hijos?

Marta. Oh! sí los quiere, pero como debe quererlos un buen padre; no les hubiera perdonado nunca la menor falta contra el honor. Si hubiese tenido un hijo como vuestro amo el señor de Furieres, le hubiera hecho saltar la tapa de los sesos... Oh! el nombre de Chivri es un nombre sin tacha.

Valeriano. Segun decis el señor de Chivri no ha educado á la señorita Diana?

Marta. Nunca se ha separado del lado de su abuela?

Valeriano. La primera vez que la ví, no sospeché si-

quiera que fuese ciega! tiene unos ojos tan hermosos... tan espresivos... que parece que os está mirando como si pudiera veros.

Marta. Otros antes que vos, han hecho esa observacion.

Valeriano. Y anda por la casa como si tal cosa.

Marta. Reflexionad que la habita hace diez y siete años.

Valeriano. No fue nunca á visitar á su padre?

Marta. Nunca.

Valeriano. Y el señor de Chivri y sus hijos no vienen tampoco á Bretaña?

Marta. De tarde en tarde y por algunos dias no mas: el señor de Chivri es par de Francia; su hijo mayor es militar y el segundo está empleado en Paris. El señorito Marcial sí viene todos los años durante las vacaciones, y por este medio se les proporciona á la señora y á la señorita un par de meses de distraccion... pero mañana quedará el castillo sumergido en la mayor tristeza, porque regresa á Paris.

Valeriano. Tanto mejor! no he conocido muchacho mas travieso; siempre con floretes, siempre con escopetas, y certero como él solo.

Marta. Me parece qne se han levantado de la mesa, y como no estoy autorizada para aguardar en el salon, despejo. (*Vase.*)

ESCENA II.

VALERIANO, *solo.*

Hace divinamente; pudiera incomodarnos. (*Reflexionando.*) Me ha metido en una empresa muy arriesgada... El señor de Furieres, mi antiguo amo, perseguido por todos los usureros del pais, me ha prometido veinte y cinco luises, si consigo ocultarle por espacio de quince dias... Por mas que me hubiere devanado los sesos, nunca hubiera encontrado medio de ganar ese dinero; pero parece que los tunantes tienen un Dios que los protege. Cómo habia de presumir ese pobre diablo que se ocultaba esta mañana en el bosque, ni sospecharlo yo que proporcionaria al señor de Furieres el modo de ocultarse? Quién hubiera pensado nunca que la señora marquesa hubiese

tomado con tanto calor... Le hablé de ese encuentro por casualidad... Yo bien sé que está por los chuanes... Cada cual es dueño de sus opiniones... pero ofrecer su casa al primero que llega por suponerle un proscrito, á eso no lo llamo yo opinion... Pero ella viene con sus nietos; aguardaré á que estos se retiren, y entonces... entonces ganaré los veinte y cinco luises del señor de Furieres. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

DIANA, LA SEÑORA DE KERMIC, MARCIAL. *Entran por la derecha.*

Kermic. Vé á descansar, Marcial, es muy tarde y mañana antes de amanecer debes marchar á Paris.

Marcial. Si fueseis amable, abuelita, permitiríais que me quedara con vos y con Diana hasta la hora de emprender el viage.

Kermic. Has perdido el juicio, pasar una noche en vela cuando te espera un camino de cien leguas... á tu edad... y estando tan debil? Oh! no lo consentiré.

Marcial. A mi edad!... estando tan debil! Nunca alegais otras razones cuando no quereis permitirme que haga lo que todo el mundo... montar á caballo ú salir á caza... Velar toda una noche!... Qué cosa tan estraordinaria!... Pues cuando voy á los bailes...

Diana. A los bailes! y qué haces alli?

Marcial. Toma, bailar... y siempre con las mugeres mas hermosas... pero ninguna he visto tan linda como tú.

Diana. En vano intentas persuadirme de ello.

Marcial. Es la verdad.

Diana. Estais muy lisongero. (*Bajo.*) Vamos, obedece, vete á acostar.

Marcial. Ya no te veré antes de marchar. (*Oyese silbar el viento.*)

Diana. Me levantaré para despedirme de tí.

Marcial. No será de dia cuando me ponga en camino.

Diana. Para mí siempre es de noche. (*Se sienta.*)

Kermic. (*Escuchando la tormenta.*) Qué tiempo! Qué tiempo!

Marcial. Tiempo horroroso durante el que no me seria posible dormir (*Se sienta*); y con este motivo, me permitireis que me siente.

Kermic. Me parece que te habia suplicado que te retirases.

Marcial. Pero abuela...

Kermic. (*Con severidad.*) Y ahora te lo mando.

Marcial. Me tratais como á un niño.

Kermic. Es preciso, ya que no tienes bastante sensatez para comprender, sin que te se diga formalmente, que estás de mas aqui.

Marcial. Pero qué teneis que decir, que yo no pueda oir?

Kermic. (*Con severidad.*) Marcial...

Diana. Ah! perdonadle. (*A Marcial.*) Por Dios, vete; te lo suplico.

Marcial. Sí, me voy. (Me la pagará.) (*Con afectacion.*) Me acostaré, estoy cansado y dormiré muy bien, con tal que no sueñe con los salteadores, ó con Leonardo Asthon.

Kermic. Qué dices?

Diana. Marcial, en qué estás pensando?

Marcial. Ya sabeis, abuela, que cuando se oye hablar contínuamente de una cosa, se sueña con ella; y como Leonardo Asthon es el objeto de la admiracion de este castillo...

Kermic. Mucho mas valdrias si te parecieras á él.

Marcial. Es verdad... tendria cinco pies y dos pulgagas, retorcidos y poblados bigotes á lo mata-moros; llevaria un sable descomunal, una escarapela blanca, y colgadas de la cintura un par de pistolas como un capitan de bandidos.

Kermic. (*Con viveza.*) Ignoro si es exacto el retrato, porque nunca he visto al señor de Asthon; pero tendrias seguramente un corazon noble, te compadecerias de la desgracia y respetarias la ancianidad.

Marcial. Oh! yo no quise faltaros al respeto... podeis creerme.

Kermic. Pero sabías que me incomodaria la ligereza con que has hablado de un hombre que aprecio.

Marcial. Y del que tengo celos, porque le amais mas que á mí, mas que á mi padre, mas que á mis hermanos... es vuestro héroe... y el de Diana... parece

que quereis humillarnos elogiándole contínuamente.

Diana. (*Queriendo imponer silencio á Marcial.*) Marcial!... Marcial!

Kermic. (*Con cariño.*) Escucha, hijo mio, y aprende á ser indulgente. Yo no me constituyo en juez de la conducta de tu padre ni de la de tus hermanos.... Aunque perseguido aquel por la revolucion, adoptó mucho tiempo despues sus principios, y no me ha sorprendido verle tomar parte en la de 1830, habrá tenido sus motivos para ello, y los respeto, porque los creo arreglados á razon; pero yo no raciocino tanto como pienso, y no espero tanto como recuerdo; toda mi vida está en lo pasado, mientras que la tuya y la de tus hermanos está en el porvenir. Lloro los tiempos á que ya no puedo volver; y cuando veo un hombre como Leonardo Asthon, un hombre de una familia ilustre, de una conducta irreprensible, de un valor heróico, que sacrifica todas las esperanzas ambiciosas de su vida á la defensa de una causa que es la mia, de una causa de la que no desespera, cuando todo el mundo la cree perdida, debes conocer que le aprecio y le admiro; debes conocer que es mi héroe, como le llamas!

Marcial. Disimulad mi aturdimiento. Me retiro, porque creo, que si permaneciese por mas tiempo á vuestro lado, acabaria por amar á Leonardo Asthon. (*A Diana en tono de chanza.*) Mira lo que haces, Diana: me parece que estás enamorada de él sin conocerle.

Diana. (*Levantándose.*) Calla; puedo amar yo acaso?

Kermic. Quiero verte antes de que te vayas.

Marcial. Sereis obedecida... Hasta mañana. (*Se va despues de haber abrazado á Diana.*)

ESCENA IV.

DIANA. LA SEÑORA DE KERMIC.

(*Mientras que Diana acompaña á su hermano hasta el foro, se aumenta la tormenta, y se oye silbar el viento y el estampido del trueno.*)

Diana. Hace un tiempo horroroso.

Kermic. Y quizás en este momento nuestros amigos,

los que se han sacrificado por nuestra causa, vagan sin asilo, perseguidos en los bosques y amenazados de muerte.

Diana. Los mas comprometidos habrán conseguido emigrar de Francia.

Kermic. No son siempre los mas comprometidos los primeros que se ponen en salvo: ademas, que he sabido positivamente que Leonardo Asthon...

Diana. (*Con viveza.*) Qué?

Kermic. Que no ha querido salir de Francia, á pesar de las instancias de nuestros amigos de Nantes, que habian fletado un buque ingles.

Diana. Ese proceder es muy imprudente.

Kermic. Imprudencia noble al menos, porque rehusa su salvacion, mientras que uno de sus compañeros esté en peligro.

Diana. No os comprendo: vuestra inquietud, el interes que teníais en alejar á mi hermano... Ah! temeis por alguno de vuestros amigos?

Kermic. (*Despues de haber mirado á su alrededor.*) Estamos solas... siéntate aqui. (*Se sientan, la señora de Kermic en un sillon y Diana en una banqueta á sus pies.*) Escúchame, Diana... ya conoces á Valeriano...

Diana. El guarda-bosques que recibisteis hace tres dias?

Kermic. El mismo: esta mañana encontró en lo mas espeso del bosque que circunvala el jardin á un hombre, que al verle se puso en estado de defensa.

Diana. Algun malhechor?

Kermic. No, hija mia; era un hombre de noble aspecto, y cuyos vestidos, aunque llenos de barro, anunciaban una persona distinguida.

Diana. Un proscripto?

Kermic. Debo creerlo asi. Valeriano se le acercó, diciéndole: «Nada temais, caballero.... Soy guarda-bosques, y no gendarme para prender á los ladrones ó á los chuanes.»

Diana. Bien dicho!

Kermic. Al oir chuanes se estremeció el desconocido, tendiendo la vista á su alrededor... y acercándose á Valeriano, le preguntó: «Estais al servicio de la se-

ñora de Kermic?—Sí, señor, contestó Valeriano.—En ese caso, decidle...» Se detuvo de pronto, y luego añadió: «No; seria comprometerla... Su generosidad no le permitiria negarme un asilo... No le digais que me habeis visto;» y se alejó.

Diana. Y cuándo os contó todo eso Valeriano?

Kermic. Una hora despues del encuentro.

Diana. Y no sospechais quién pueda ser ese infeliz?

Kermic. Por el retrato que de él me hizo, creo será...

Diana. Quién?

Kermic. El mismo Leonardo Asthon.

Diana. Leonardo Asthon... el gefe de los realistas de la Vendee.... reducido á tan miserable estado!

Kermic. Ora sea él, ora sea otro... siempre es un hombre que padece por la justa causa... Tiene derecho á un asilo en mi casa, y en ella le encontrará.

Diana. Cómo es posible, si se alejó sin quererle pedir?

Kermic. Tan noble conducta me ha indicado la que yo debo observar... He encargado á Valeriano que le busque, y que le diga cuando le encuentre, que me agraviaria si rehusase la hospitalidad que con toda el alma le ofrezco.

Diana. Y Valeriano?

Kermic. Le estoy esperando con la contestacion... Si le encuentra, tiene órden de conducirle aqui.

Diana. Al castillo?

Kermic. No: seria imposible ocultarle á los ojos de todos... No creo que mis criados sean capaces de una delacion; pero una palabra imprudente puede descubrirlo todo... Y es cuestion de vida ó de muerte para el señor de Asthon.

Diana. Dónde pensais ocultarle?

Kermic. En un sitio que nadie pueda descubrir, si me ayudas.

Diana. Yo?... Y cómo?

Kermic. Cediéndole el pabellon del bosque.

Diana. Mi retiro favorito, el único sitio que me pertenece, y en el que paso los dias enteros?

Kermic. Sí, tu retiro favorito, en el que no penetran los criados. Colocado en el ángulo mas lejano de los jardines, se comunica á la vez con estos y con el bosque... Tú tienes las llaves y...

Diana. (*Se levanta y se vuelve al oir el ruido que hace Valeriano al entrar.*) Qué es eso?

ESCENA V.

LA SEÑORA DE KERMIC. DIANA. VALERIANO.

Kermic. (*Saliendo al encuentro á Valeriano.*) Qué hay? (*Valeriano señala á Diana.*) Puedes hablar delante de ella, todo lo sabe.

Valeriano. Le encontré, señora.

Diana. (*Levantándose.*) Te reveló su nombre?

Valeriano. Su nombre? (Aqui empiezan los apuros.... Ah! señor de Furieres, bien me haceis sudar los veinte y cinco luises.)

Kermic. Sí, su nombre?

Valeriano. Me dijo que únicamente le confiaria á la señora marquesa.

Kermic. Comprendo la causa de ese silencio... Ese nombre está proscrito y sentenciado á muerte el que le lleva.

Diana. Luego pensais positivamente que es el señor de Asthon?

Valeriano. El señor de Asthon... me parece que no.....

Kermic. Por qué?

Valeriano. Por nada; no le conozco.... si os dignáseis hacerme su retrato.

Kermic. No le he visto nunca.

Valeriano. (Bueno!) (*Con viveza.*) Ni tampoco la señorita?... Perdonad... soy un imbécil. (*Despues de una pausa.*) Estaba reflexionando... Se dice que el señor de Asthon está oculto en el pais y... es muy posible que sea él... yo no afirmaria lo contrario.

Kermic. Ah! si es él puede tener mi casa por suya.

Valeriano. Estoy por asegurar...

Kermic. Y para salir del peligro en que se halla, tiene abierto mi bolsillo.

Valeriano. A no dudarlo es él... Quereis, señora marquesa, que vaya á informarme?

Kermic. Seria inútil, cuando se ha negado ya á contestar... Pero dónde le dejaste?

Valeriano. En el bosque á diez pasos del pabellon; acur-

rucado en un foso, recibiendo toda el agua que cae.

Diana Infeliz!

Kermic. Por qué no me lo dijiste antes?

Valeriano. (No creo haber desperdiciado el tiempo...) Si pensais hacer lo que me indicásteis esta mañana, en menos de dos minutos atravieso el jardin y pongo en salvo al señor de Asthon, porque ya no dudo que sea él... Pero para esto necesito las llaves del pabellon.

Kermic. (*A Diana.*) Diana?

Diana. Voy por ellas.

Kermic. Bendita seas, hija mia!.... Procura que Marcial no te vea entrar en tu cuarto; no podrias separarte de él.

Diana. Estad tranquila; ya sabeis que desgraciadamente no necesito luz.

Kermic. (Pobre muchacha!)

ESCENA VI.

LA SEÑORA DE KERMIC. VALERIANO.

Kermic. Valeriano, posees un secreto importante, puedes disponer de la vida de un noble hidalgo.... No es dado poner precio á la fidelidad; es una virtud cuya recompensa está en el corazon.

Valeriano. (Preferiria tenerla en el bolsillo.)

Kerminc. Pero no quiero que tus buenos servicios y el trabajo que te espera queden sin premiar... Todos los dias llevarás el sustento al señor de Asthon... Toma diez luises.

Valeriano. Señora, ya sabeis que no es por el dinero...

Kermic. No lo dudo... y cuento sobre todo con tu honradez. (*Se dirige al fondo.*)

Valeriano. (Diez luises!... Con los veinte y cinco que me prometió el señor de Furieres, componen el total de treinta y cinco... mucho me temo que no ingresen mas que diez.)

Kermic. Ah! es Diana.

ESCENA VII.

Dichos. DIANA.

Diana. Aqui están las llaves; esa es la de la puerta de jardin, y esta la de la puerta del bosque. Las conocerás?

Valeriano. Perfectamente.

Kermic. Date prisa y no olvides que te estamos esperando.

Valeriano. Sí, señora, y le diré que se llama... es decir, le preguntaré si se llama Asthon. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LA SEÑORA DE KERMIC. DIANA.

Kermic. Ah! mucho me alegraria que fuera él: tendria tanto placer en proteger su santa y generosa existencia.... Y tú, Diana, no sientes interiormente un noble orgullo al considerar que estás asociada al servicio que á ese joven hacemos?

Diana. Sí... sí... pero no puedo esplicar el temor que á pesar mio me agita por lo que acabais de hacer.

Kermic. Te pesa ya haberme ayudado?

Diana. A mí?... bien sé que no lo pensais... Qué tengo que temer? no llevo conmigo una desgracia que me protege contra todas las demas? Si algun dia se descubriese vuestra generosa complicidad con los que el vulgo llama culpables... seguramente no me acusarian á mí, no castigarian á una pobre ciega por tan noble accion, porque la creerian incapaz de ella.

Kermic. No eres capaz de todo lo digno y bueno?

Diana. No... soy inútil para los demas y una carga para mí... Siento una tristeza esta noche...

Kermic. Por qué?

Diana. Por qué? pensais que he olvidado las relaciones con que mecisteis mi infancia? Los placeres del mundo no borran de mi memoria lo que una vez oí... me acuerdo bien de los nobles sacrificios que señalaron la vida de tantas mugeres.

Kermic. Nadie merece mejor que tú el cariño de los que te conocen.

Diana. El cariño de los que compadecen á los desgraciados!

Kermic. Por qué te abandonas hoy á tan lúgubres pensamientos?

Diana. Hoy mas que nunca! No fue por este tiempo cuando mi madre, mi pobre madre, á quien causé la muerte al nacer, salvó á mi padre? Era mas jóven y mas debil que yo... y sin embargo salvó al que amaba, le ocultó... se colocó entre él y sus asesinos... veia el peligro y le arrostraba; pero yo...

Kermic. No has hecho cuanto podias?

Diana. Sí; he podido daros las llaves de una habitacion, podré guardar el secreto que se me ha confiado, y... nada mas!

Kermic. No por eso tienes menos derecho al agradecimiento del que me ayudas á salvar.

Diana. (*Con tristeza.*) A su agradecimiento!

Kermic. Diana!

Diana. Mi padre amó á mi madre que le habia salvado... pero á mí, quien me amará?... (*Oyese llamar.*)

Kermic. Qué ruido es ese?... Quién puede venir á estas horas? (*Llamando.*) Marta, Marta.

ESCENA IX.

Dichos. MARTA.

Marta. Señora.

Kermic. Id á ver quien llama y decid que no se abra á nadie sin órden mia. (*Vase Marta.*)

Diana. (*Que ha estado escuchando en el foro.*) Se oyen pasos... voces confusas... ruido de armas.

Kermic. Serán soldados y quizas vengan á hacer una visita domiciliaria... Si habrán descubierto el paradero del desgraciado Asthon?

Diana. Puede que haya habido traicion.

Kermic. Seria una infamia!... Marta no vuelve y el ruido aumenta.

Diana. Entran en el castillo.

Kermic. A pesar de mis órdenes.

Diana. Se dirigen hácia aqui... oigo la voz de Marcial.

ESCENA X.

Dichos. MARCIAL.

Marcial. (*Dentro.*) Luego, señores; no es regular entrar de noche y de sopeton en la habitacion de las señoras.

Kermic y Diana. Qué es eso?

Marcial. Unos soldados que dicen, que se ha visto vagar por estas inmediaciones á vuestro héroe Leonardo Asthon, y que tienen órden de registrar el castillo para buscarle.

Kermic. A estas horas... en medio de la noche.

Marcial. Esa misma observacion les hice, y aun mas añadí, que vos y mi hermana estabais acostadas.

Kermic. Y qué contestaron?

Marcial. El oficial, que parece un hombre bien educado, me dijo que se veia en la necesidad de obedecer una órden superior, pero que respetaria los cuartos de las señoras.

Kermic. Y los demas?

Marcial. Lo dudo; porque ha empezado ya la visita en el castillo, y tomado todas las salidas.

Kermic. (*A Diana.*) Es perdido... Si se le pudiera avisar, se escaparia por la puerta del bosque.

Diana. Voy corriendo.

Kermic. (*Deteniéndola.*) Aguarda. Marcial, ve á decir al oficial que me opongo formalmente á tan ilegal violacion de mi domicilio.

Marcial. Os obedezco, pero mucho temo traeros una contestacion desagradable. (*Vase.*)

Kermic. Ve ahora, Diana; Dios te guie. (*Diana se dirige á la puerta del foro.*)

ESCENA XI.

Dichos. VALERIANO.

Valeriano. (*Entrando.*) Deteneos.

Kermic. Sabes lo que pasa?

Valeriano. Ah! sí señora!

Diana. Voy á avisar al señor de Asthon.

Valeriano. Es demasiado tarde... todas las puertas estan tomadas y es imposible salir sin ser visto.

Kermic. Protegedle, Dios mio!

Valeriano. (Allá se las arregle el señor de Furieres.)

Diana. No podemos salvarle!

Marcial. (*Entrando.*) La orden es terminante; me la ha enseñado el oficial...; sin embargo, para complaceros, vendrá á veros; y me ha repetido que respetará vuestra habitacion y la de mi hermana.

Diana. Y cumplirá su palabra?

Marcial. El soldado frances nunca falta á ella.

Diana. (*A la señora de Kermic.*) Detenedle diez minutos y le salvaré.

Kermic. De qué modo?

Diana. Voy al pabellon, me pertenece: respetarán el sitio que habito.

Kermic. Te comprendo... ve! ve!

Diana. Sí, le salvaré... la pobre ciega habrá servido para algo. (*Vase.*)

Marcial. Donde vá? Diana! Diana!

Kermic. Silencio! Se trata de la vida de un hombre! (*Se sienta y se pone á bordar en un tapiz.*) Valeriano, llama á esos caballeros. (*Vase Valeriano.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala. Es de noche y la pieza esta alumbrada por una lámpara. Diana duerme en un sillon á la izquierda del actor. La señora de Kermic está sentada al otro lado de la escena.

ESCENA PRIMERA.

La señora de KERMIC. MARTA. DIANA.

Kermic. (*A Marta.*) Cuando llegue Valeriano de Nantes le dirás que entre.

Marta. Está bien, señora.

Kermic. Qué hora es?

Marta. Las diez.

Kermic. Muy oscura es la noche; puede que no venga aqui hasta despues de las doce... Mucho lo sentiria.

Marta. Segun veo aguardais noticias muy importantes.

Kermic. Sí, Marta; es preciso que veles hasta esa hora.

Marta. Y vos no os acostais, estando tan débil y tan enferma?

Kermic. (*Enseñándole á Diana.*) No soy yo la que mas padece en esta casa!

Marta. Pobre niña! ha mudado tanto en un año.... No es feliz, ni está alegre como en otro tiempo, la devora la tristeza y nunca desplega los labios; algunas veces me da miedo cuando la veo vagar por el jardin, como una sombra, yendo continuamente del castillo al pabellon, y del pabellon al castillo, y deteniéndose al menor ruido como si esperase alguien.

Kermic. (Ojalá viniera el que ella espera!) Dime, marchó Marcial?

Marta. Sí, señora; accediendo á vuestros deseos fue á la fiesta que da el nuevo propietario del castillo del señor de Furieres, y seguramente regresará muy tarde.

Kermic. Asi lo creo. (*Despues de haberse levantado.*) (Si

mi última esperanza desaparece, solo debo confiar este fatal secreto á los que le puedan vengar!)

Marta. Ya despierta.

Kermic. (*Con viveza.*) Déjanos, y no te olvides de mandarme á Valeriano.

ESCENA II.

DIANA. *La señora de* KERMIC.

Diana. (*Entre sueños.*) Leonardo Asthon! Leonardo.

Kermic. (*Mirándola.*) Siempre él! Dios mio! Leonardo Asthon! espero que en defeeto del honor le hablará la compasion al corazon!

Diana. (*Despertando.*) Quién va?

Kermic. Soy yo, hija mia.

Diana. Sí... sí... ya recuerdo, me quedé dormida á vuestro lado... perdonadme.

Kermic. Perdonarte!... ah! yo hubiera querido prolongar esas horas de sueño que ya no conoces. Es un reposo al menos entre tantos dolores.

Diana. Es un sueño, madre mia, no un reposo; porque su imagen me persigue en él.

Kermic. Siempre?

Diana. Siempre! Estaba en ese fatal pabellon apoyada en la ventana desde la que me decis que se divisa una campiña tan dilatada, escuchando los vagos murmullos del viento y los gritos de los pastores que pasan, buscando en el aire un eco de esa voz que tan dulces emociones me causaba, llorando porque no le oia, asomándome á la ventana para que me viese, á mí! á mí! que no puedo verle; y contando las horas que me decian que no venia. Madre mia, dormí como velo; le aguardé.

Kermic. Espera, hija mia, espera.

Diana. (*Levantándose.*) Y qué puedo esperar al cabo de un año que huyó del asilo que le dimos? Qué puedo esperar ya despues de aquella horrorosa noche en que, por segunda vez le libré la vida, despues de aquella noche de vergüenza, en que por premio de su salvacion me dejó la deshonra?... Nada, nada, ni un recuerdo, ni una noticia...

Kermic. Pobre Diana!

Diana. (*Con viveza.*) Ni una, no es verdad?

Kermic. Ya sabes que, sentenciado á muerte, se ha visto en la necesidad de refugiarse en Inglaterra.

Diana. Ah! mi padre, á quien mi madre salvó, estuvo proscripto como Leonardo Asthon; y como él se refugió en Inglaterra, y os escribia... ah! no quiere escribir!...

Kermic. Olvidaste que existe entre los dos un secreto que te pertenece mucho mas que á él... y que no debia confiarle á cartas que no hubieras podido leer?..

Diana. Cuando mi desesperacion os reveló ese secreto, le escribisteis, le escribisteis... y no ha contestado.

Kermic. Puede haberse estraviado la carta, porque, ignorando su paradero, le puse el sobre á Lóndres, como hubiera podido ponérsele á otro punto cualquiera.

Diana. Mucho se oculta, ó vos no le habeis buscado.

Kermic. Diana!

Diana. Porque al fin esos periódicos que solo vos me leeis, publican las menores acciones de hombres, cuyo nombre es oscuro al lado del de Asthon. Ayer anunciaban que habia regresado á Francia un proscripto, y ese proscripto era un simple labrador de la Vendée; el otro dia referian la fuga de un sentenciado á muerte, y ese sentenciado era un soldado de Leonardo Asthon. De todos hablan, escepto de él. Os creo, porque no puedo ver en ese silencio.... Dios mio! concededme la vista por una hora no mas, y sabré quien me engaña!

Kermic. Hija mia!

Diana. Ah!... si estuviese aqui y se desdeñase de hablarme, no lo sabria... veria mis lágrimas, me miraria riéndose quizás, y yo seguiria llorando... ni matarme podria... no le veria!

Kermic. Aparta de tu imaginacion tan horrorosas dudas... Puedes acaso sospechar de mí?

Diana. Decidme de una vez la verdad... Ha muerto?

Kermic. Te juro que vive.

Diana. (*Con alegria.*) Vive! (*Se detiene y añade con dolor.*) Vive! oh! Soy mas desgraciada de lo que

creia.. ah! no es la deshonra lo único que tengo que llorar.

Kermic. Infeliz! (*Valeriano por el foro.*)

ESCENA III.

Dichos. VALERIANO.

(*Al tiempo de entrar, la señora de Kermic le enseña á Diana, y por señas le indica que calle y que pase á la habitacion de la izquierda del actor.*)

Diana. (*Escuchando y hablando durante ese juego de escena.*) Quién va? (*Silencio.*) Quién va?

Kermic. Es Marta.

Diana. (*Escuchando mientras que Valeriano atraviesa.*) Son pisadas de un hombre; las de Valeriano; me engañan; entró alli.

Kermic. Hija mia, es muy tarde; y aunque no duermas, necesitas descansar.

Diana. (Quieren alejarme.)

Kermic. No tratas de recogerte?

Diana. Sí, señora; al instante. (Valeriano está alli; quiero saberlo de cierto, porque tal vez hablará.) Buenas noches, madre mia.

Kermic. Buenas noches, Diana... Ah! se me olvidaba: no te asustes si oyes el ruido de un coche; ya sabes que Marcial fue á la fiesta, y regresará muy tarde.

Diana. Lo sé. (Y sé tambien que se separó de mí contra su voluntad! Oh! todo lo averiguaré.) (*Va al foro y retrocede dirigiéndose hácia donde entró Valeriano: la señora de Kermic la sigue con la vista y levanta las manos al cielo.*)

Kermic. Diana, equivocas la salida.

Diana. Pues no está Marta para guiarme?

Kermic. (*Llamando.*) Marta! Marta!

Marta. (*Entrando por el lado opuesto.*) Señora?

Diana. (Bien sabia yo que me engañaban, y que era Valeriano.)

Kermic. Acompaña á la señorita á su habitacion.

Diana. (Volveré.) (*Vase con Marta.*)

ESCENA IV.

LA SEÑORA DE KERMIC *sola.*

Infeliz!... No podré engañarla por mucho tiempo. Por fin, llegó el dia de la reparacion ó de la venganza... Es posible, Leonardo Asthon, que hayas deshonrado á esa niña inocente; tú, á quien creía yo tan noble y tan grande?... Ah! no temo confiar la causa de esa desventurada al valor de su padre y de sus hermanos... porque, á pesar de tu vano renombre, debes ser un vil, cuando tamaño crimen has cometido... Llegan esta noche... en esta carta me lo anuncian... Pero, antes de revelar á un padre la deshonra de su hija, y á los hermanos la de su hermana... antes de comprometerlos en una querella que para alguno será mortal, debí tentar el último esfuerzo... Voy á saber los resultados. (*Abre y llama.*) Valeriano!

ESCENA V.

LA SEÑORA DE KERMIC. VALERIANO.

Kermic. Has visto al señor de Asthon?

Valeriano. Sí, señora.

Kermic. Le entregaste la carta que para él te dí?

Valeriano. No quiso recibirla.

Kermic. No quiso recibirla! (Ah! es el último ultraje! Desgraciado de tí, desgraciado de tí, Leonardo Asthon!)

Valeriano. (*Dándole la carta.*) Tomadla.

Kermic. (*La guarda en su seno.*) Escúchame con atencion. Ahora mismo vas á situarte en el camino de Paris, á alguna distancia del castillo; dentro de una hora, poco mas ó menos, llegará una silla de posta. Harás seña al postillon que pare, y dirás á los viageros que se apeen y te sigan.

Valeriano. Y consentirán en ello á tales horas?

Kermic. Son tres hombres decididos que ignoran lo que es miedo; ademas puedo decirte sus nombres, para que te des á conocer. Mi yerno el señor de Chivri, y sus dos hijos Jorge y Felipe.

Valeriano. (Los señores de Chivri!) Quedo enterado.

Kermic. Los conducirás por el bosque hasta la puerta del jardin, desde donde dispararás la escopeta para avisarme su llegada; yo vendré á este salon y tú los introducirás por esta puerta, á fin de que nadie los vea. Me comprendiste?

Valeriano. Perfectamente.

Kermic. Voy un momento á mi habitacion, para que Diana me oiga en ella y permanezca tranquila en la suya... No te detengas.

Valeriano. Voy volando. (*Vase la señora de Kermic.*)

ESCENA VI.

VALERIANO *solo.*

No me caeré en el camino; sí, es preciso marchar; pero en direccion enteramente opuesta. Segun veo, se ha hecho un asunto de consideracion, lo que hace quince meses, fue una astucia para ocultar al señor de de Furieres. En un año que ha transcurrido desde que salió del castillo, la señora marquesa me ha mandado echar al correo hasta diez cartas para el que salvó, y como es consiguiente, iban dirigidas al señor de Asthon; pero yo, que temia que se descubriese el pastel, las arrojé todas al fuego, y el señor de Asthon ha pasado por un ingrato: sin embargo, no era tan eminente el peligro cuando el verdadero Asthon estaba en el estrangero; pero ahora que ha regresado á Nantes, para purgar su contumacia en Francia, debiera yo haber puesto ya pies en polvorosa; y lo hubiera hecho, si la señora marquesa no me hubiese ofrecido una buena recompensa si lograba entregarle una carta en la cárcel, recompensa que he recibido, pero que no he ganado... Por otra parte, la llegada del señor de Chivri y de sus hijos, la tristeza de la señorita Diana, la órden que he recibido de no hablarle de las cartas que he llevado, todo me anuncia que en este asunto hay algo mas de lo que yo sé, y aunque probablemente no soy el mas culpado, seria sin embargo el mas castigado! Es prudente huir, y huir cuanto antes.

ESCENA VII.

VALERIANO. DIANA.

Diana. (*Entrando por la izquierda.*) Valeriano?
Valeriano. Quién me llama? (*Volviéndose.*) La señorita Diana!
Diana. Ah! aun estás aqui; gracias, Dios mio. Te buscaba.
Valeriano. A mí?
Diana. Sí.
Valeriano. (Qué tendrá que decirme?)
Diana. (Hablará.)
Valeriano. (*Acercándose á Diana.*) (Procuremos descubrir terreno.)
Diana. (Es preciso que no me oculte la verdad.)
Valeriano. Qué teneis que mandar?
Diana. Quiero que me digas le que pasa en el castillo.
Valeriano. No lo comprendo.
Diana. Luego pasa alguna cosa muy estraordinaria?
Valeriano. No sé: me tienen hecho un zarandillo, y yo no hago mas que obedecer.
Diana. Si me dijeras algo de lo que has visto, tal vez podria descubrirlo todo.
Valeriano. (Es muy posible.)
Diana. No contestas?
Valeriano. Qué quereis que os diga?
Diana. Hace un momento que entraste... cuando estaba yo con mi abuela... y te mandaron callar.
Valeriano. A mí?
Diana. A tí: y te hicieron entrar en ese cuarto al que fui á buscarte... Sin duda tendrias que decirle alguna cosa que yo no debia oir?
Valeriano. Venia únicamente á darle cuenta de un mensage que me confió.
Diana. Un mensage!... para quién?
Valeriano. Es un secreto.
Diana. Un secreto!... quiero saberle.
Valeriano. Me han prohibido que os le revele.
Diana. (Existe un secreto entre mi madre y ese hombre! (*Reflexiona.*) Un secreto entre el lay él, del que

me han excluido... ah! en otro tiempo no sucedia eso.)

Valeriano. (Qué está diciendo?)

Diana. (Temo preguntarle... No importa.) Segun me has dicho venias á dar cuenta á mi abuela de un mensage que te confió?

Valeriano. Sí, señora.

Diana. Para una persona que no puedes nombrar?

Valeriano. Cabal.

Diana. Y cuyo nombre debes ocultarme muy particularmente?

Valeriano. Asi me lo han prevenido.

Diana. (*Abandonándose á su dolor.*) Oh! era para él! para el señor de Asthon!

Valeriano. (Qué le diré?)

Diana. No contestas? luego es verdad?... Pero si era para él, debe estar en Francia?

Valeriano. Lo ignorabais?

Diana. Está en Francia.

Valeriano. No comprendo... La señora marquesa os lee los periódicos todas las mañanas, y hace ya quince dias que anunciaron que habia venido á constituirse en prision.

Diana. (*Con desesperacion.*) En prision, y estando sentenciado á muerte!... ah! por eso, por eso callaban!

Valeriano. (Qué temblor y que desesperacion!)

Diana. Preso! le matarán y moriré deshonrada.

Valeriano. (Ah! señor de Furieres...)

Diana. Dios mio! Leonardo Asthon preso!... (*Se oye un coche á lo lejos.*)

Valeriano. Un coche!... el que debia encontrar... el señor de Chivri y sus hijos... Huyamos! huyamos! no conviene que me encuentren aqui: su venganza seria justa. (*Vase con precipitacion.*)

ÉSCENA VIII.

DIANA *sola.*

Preso... sentenciado á muerte!... Oh! todos me han engañado! Quizás ha muerto ya... Esa noticia que mi madre esperaba... me lo hubiera dicho... y tú tambien me lo dirás, Valeriano... (*Llama.*) Valeriano!... Valeriano!... (*Recorre el teatro tocando á todas par-*

tes con las manos.) Valeriano!... Valeriano! marchó Ah! quién me dirá la verdad? Madre mia, madre mia no me abandoneis!... Mi madre! no me engañó, y no me engaña todavia.... (*Tropieza con la mesa.*) Ah! aqui, aqui están los periódicos! los reconozco!... Mi vida, mi destino está escrito en ellos... (*Los toca con la mano.*) Ah! Dios mio! nada! nada! (*Se oyen pasos.*) Alguien viene!... me ocultaré, quiero escuchar, quiero saber cuanto pasa. (*Se oculta detras de un sillon, pero de modo que se le vea toda la cabeza.*

ESCENA IX.

DIANA. MARCIAL.

Marcial. (*Entrando.*) Qué fastidiosos son los bailes de provincia... (*Viendo á su hermana.*) Diana!

Diana. Es Marcial! (*Se dirige á él.*) Hermano, amigo, quieres salvarme?

Marcial. Qué tienes? Esa turbacion!.... Has llorado, lloras?

Diana. Nada; me amas, no es verdad? pues bien, ven, ven... (*Le lleva á la mesa.*) toma estos periódicos y leémelos. (*Recoge los periódicos y se los presenta.*)

Marcial. (*Tomándolos.*) Qué te importa lo que dicen?... Esplícame antes la causa de la desesperacion en que te encuentro.

Diana. Me abandonarás tambien!... ah! no me abandones, Marcial!

Marcial. Jamas!

Diana. Pues bien! léeme esos periódicos si no quieres que me vuelva loca.

Marcial. (Es preciso complacerla.) Atiende.

Diana. Lee.

Marcial. Pobre Diana!

Diana. Lee.

Marcial. (*Leyendo.*) «Noticias de Africa...»

Diana. No es eso, no es eso: las de Francia! las de Francia!

Marcial. «Paris.»

Diana. Paris!

Marcial. «Ayer hubo baile en palacio...»

Diana. Baile!... tampoco es eso, busca en otra parte.

Marcial. Yo no puedo encontrar...

Diana. No puedes encontrar... y ves!... De qué te sirve la luz?... Ah! mi razon se estravia!

Marcial. Tranquilízate, Diana, dime lo que quieres saber, yo te prometo encontrarlo.

Diana. No me lo ocultarás?

Marcial. No; te juro que no!

Diana. Basta: Hablan de un proscripto, de un sentenciado á muerte que se constituyó en prision?

Marcial. Hablan de muchos.

Diana. Yo solo te pregunto por uno.

Marcial. Quién es?

Diana. Ese hombre que odias; Leonardo Asthon.

Marcial. Leonardo Asthon, como todos los demas, ha sido absuelto.

Diana. Absuelto!

Marcial. Hace ocho dias, en Nantes, á pocas leguas de este castillo.

Diana. Absuelto!... hace ocho dias!... en Nantes!... y no ha venido!... Y mi madre calla!... Y Valeriano huye de mí!... Ah infeliz! desventurada!

Marcial. Qué tienes, Diana?

Diana. (*Agarrando la mano á Marcial, y con resolucion exaltada.*) Me amas?

Marcial. Puedes dudarlo?

Diana. Es preciso que me acompañes á Nantes.

Marcial. A tí!

Diana. De ello depende mi vida!

Marcial. Pero...

Diana. Mi vida, y quizas mi honor.

Marcial. Gran Dios!

Diana. Está puesto todavia tu coche?

Marcial. Seguramente.

Diana. Avisa que nos espere.

Marcial. Yo no puedo consentir sin saber antes...

Diana. Lo sabrás.

Kermic. (*Desde fuera.*) Llegó ya el señorito Marcial?

Una voz. Sí señora; está en el salon.

Diana. Oh! es la abuela! Calla ó soy perdida!

Marcial. Perdida!

Diana. Haz lo que te digo; aguárdame en tu cuarto

y despues de que me hayas oido decidirás si debo morir.

Marcial. (Ah! no la perderé de vista, porque esa desesperacion encierra un terrible misterio.) (*Vase.*)

ESCENA X.

LA SEÑORA DE KERMIC. DIANA.

Kermic. (*En el foro entrando.*) Diana, tú aqui! Creia encontrar á Marcial.

Diana. (Bastante tiempo me han engañado!... bien puedo mentir una vez!) Acaba de llegar, pero subió ya á su habitacion.

Kermic. Lo sabes de positivo?

Diana. Sí señora. A dónde ha de ir á estas horas?

Kermic. (Mucho siento que se haya retirado tan temprano... felizmente no dió Valeriano la señal.) (*A Diana.*) Por qué has salido de tu cuarto?

Diana. Oi á mi hermano, y como vos quise darle las buenas noches.

Kermic. Le viste?

Diana. No.

Kermic. (*Escuchando.*) El ruido de un coche! (Si no los habrá encontrado Valeriano?... (*Pausa.*) Ah! son ellos!)

Diana. (Imprudente!...) (*Escuchando.*) No... no puede ser Marcial... Es un coche que viene... que viene de lejos... Oh Dios mio!... qué idea! qué esperanza!)

Kermic. Diana... hija mia... necesito estar sola.

Diana. Se apean!... ah! voy yo misma... esta vez no me engañarán. (*Va á salir por el foro.*)

Kermic. (*Con un grito.*) No salgas por esa puerta... podrias encontrarlos.

Diana. A quién?

Kermic. (*Muy turbada.*) Déjame, Diana... aguardo á una persona... á una persona que no debes ver hasta que yo le haya hablado.

Diana. Ah! es él!

Kermic. El?

Diana. Leonardo Asthon que está en Francia!... que ha sido absuelto... que no me abandonó... Todo lo sé!... le oigo!... aqui está!

ESCENA XI.

DIANA. LA SEÑORA DE KERMIC. EL SEÑOR DE CHIVRI. JORGE. FELIPE. UN CRIADO.

Criado. (*Anunciando.*) Los señores de Chivri. (*Entran; el criado cierra la puerta.*)

Diana. Padre mio! (*Cae á sus pies.*) Padre mio!

Chivri. (*Se detiene con severidad.*) Recibí vuestra carta, y como me llamábais con tanta premura, temí que hubiese sucedido alguna desgracia á las prendas de mi corazon; pero por el recibimiento que he tenido conozco que no habia previsto toda la estension del pesar que me espera.

Diana. (*De rodillas.*) Ah! padre mio!

Kermic. (*Con viveza.*) Señor conde, hijos mios, Diana no debia asistir á esta entrevista; pero al derribar Dios las precauciones que habia tomado para alejarla, quiso sin duda que no tuviese que avergonzarme solamente delante de vosotros del fatal secreto que voy á revelaros y de la desgracia que mi imprevision ha causado.

Chivri. Y mi hija no tiene nada que decirme?

Diana. (*Arrastrándose de rodillas.*) Padre mio!

Kermic. (*Deteniéndola y colocándose entre ella y su padre.*) Nada, nada!... hasta que yo os haya hablado.

Chivri. Ah! desgraciada de la hija que, despues de muchos años de separacion, no puede tender los brazos á su padre, y permanece trémula y confusa á sus pies.

Kermic. Guardad vuestras maldiciones para los culpados, ella es víctima de todos los cómplices de ese crímen y víctima inocente.

Chivri. Inocente!... los inocentes no se humillan!

Kermic. (*Levantando á Diana.*) Levántate, Diana; tiene razon tu padre: solo se debe doblar la cabeza bajo el peso de los remordimientos, de ningun modo bajo el de la desgracia. Escuchadme los tres.

Jorge. Sed indulgente, padre mio!

Felipe. Compadeceos de ella!

Chivri. Desventurada! (*La señora de Kermic se sien-*

ta, y el señor de Chivri tambien; sus dos hijos permanecen de pie á cada lado del sillon, Diana está junto á su abuela.)

Kermic. Hace quince meses que un hombre, proscripto y sentenciado á muerte, vagaba por las inmediaciones de este castillo. Sea cual fuere vuestra opinion política, si os hubiese pedido un asilo, sé que no se le hubiérais negado. Pertenecia al partido por el que derramaron su sangre mi marido y mis hermanos, y al que consagré mi existencia. Le ofrecí este asilo y le aceptó. Cuando os le haya nombrado, que os le nombraré, convendreis conmigo que merecia entonces lo que por él hice!... Su valor, sus virtudes, su nombre todo le recomendaba para que le diese hospitalidad; sin embargo, fui bastante imprudente para dejar muchas veces á su lado y en el secreto de un retiro á una jóven linda é inocente y á la que, debia creer, protegeria la desgracia que la hirió al nacer.

Jorge. Y ese infame correspondió á tantos beneficios con una seduccion?

Kermic. Oh! no, hijos mios, no... Escuchadme con atencion, para que vuestra cólera alcance solamente al que la ha merecido, y para que solo él sea el castigado.

Jorge y Felipe. Solo él lo será!

Kermic. Hacia unos dos meses que estaba encerrado en un pabellon de este castillo cuando una noche...

Diana. (*Con un grito.*) Ah! no prosigais, no prosigais en mi presencia! (*Cae de rodillas delante de la señora de Kermic, y la tapa la boca con la mano.*)

Chivri. Tiene razon; sabemos bastante.

Kermic. No lo suficiente para perdonarla.

Chivri. Demasiado al menos para vengarla, que es cuanto puede esperar de nosotros. (*Diana de pie, la señora de Kermic sentada; formando grupo en el otro lado el señor de Chivri, Jorge y Felipe.*)

Diana. (*Acercándose á su padre.*) Padre mio! padre mio!

Jorge y Felipe. (*Dirigiéndose á ella y agarrándola las manos que tiende á su padre.*) Diana!... hermana mia!... Diana.

Diana. Ah! son mis hermanos!... mis hermanos... (*Los abraza.*) Pero mi padre.... mi padre!...

Chivri. (*Retrocediendo á medida que ella se acerca.*) Os pregunto el nombre del culpable... ese nombre que por tanto tiempo se le ha ocultado.

Kermic. Le creia honrado... Despues de aquella fatal noche se refugió en Inglaterra... queria escribirle.... y le escribí.

Chivri. Y no os contestó?

Kermic. No; finalmente, sabiendo hoy que estaba cerca de este castillo, le remití esta carta.

Chivri. Y se negó á recibirla.

Kermic. Cómo lo sabeis?

Chivri. Ah! no ignoro como tratan esos miserables á las madres que les entregan el honor de su nombre, y á las hijas perdidas.

Jorge, Felipe y Diana. Padre!

Kermic. Caballero, casi casi me haceis olvidar el crímen de Leonardo Asthon.

Jorge y Felipe. Leonardo Asthon!

Chivri. Leonardo Asthon! (*A la señora de Kermic.*) Señora, habeis cumplido con vuestro deber, revelándonos el nombre del culpable; permitidnos ahora cumplir con el nuestro.

Kermic. Acordaos sin embargo de que Marcial nada sabe.

Chivri. Os lo agradezco.

Diana. (Y yo se lo revelaré todo y me salvará!) (*Vase por el foro.*)

Chivri. (*A la señora de Kermic.*) Ah! no sepa ese secreto hasta que Diana quede vengada. (*Vase la señora de Kermic.*)

ESCENA XII.

FELIPE. EL SEÑOR DE CHIVRI. JORGE.

Chivri. Vamos á arrostrar la muerte.

Jorge. A castigar á un infame!

Chivri. Leonardo Asthon está en Nantes.

Jorge y Felipe. En Nantes!

Chivri. A Nantes, hijos mios, á Nantes. (*Vanse.*)

ACTO TERCERO.

Salon en el piso bajo con rompimiento á un jardin. Las puertas del foro estan abiertas.—Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

LASCY. VIGNEUL. JÓVENES. (*Entran en tropel.*)

Vigneul. Venga otro vaso de ese Madera, y emprendamos la caza!

Lascy. (*Tomando una botella y llevándosela.*) Supongo que nos permitirás esperar al amo de la casa, á Leonardo Asthon.

Vigneul. Si tarda mucho, no sé, segun el paso que llevas, si podrás seguirle despues á través de los campos.

Lascy. (*Enseñando un vaso.*) Esto, amigo mio, es un Jerez superior, al que nadie ha prestado la atencion que merece.

Vigneul. Y tú á fuerza de prestársela te vas á quedar sin ella.

Lascy. De veras? Mira, Vigneul, te quiero, te aprecio; hemos sido oficiales en un mismo regimiento, y vive Dios que bien sabes lo que es milicia; te he visto enamorado, y no te portas mal al lado de las hijas de Eva; pero al frente de un almuerzo eres un pobre diablo! te desconozco.

Vigneul. Oiga?

Lascy. No eres un hombre completo. El almuerzo que nos ha dado hoy Asthon para celebrar su absolucion, es lo que se llama un almuerzo.

Vigneul. Toma! el que posee cien mil libras de renta como Asthon, da bien de almorzar á todo el mundo.

Lascy. Error, error craso, querido mio; para dar bien de comer, se requiere saber comer; para dar bien de beber, se requiere saber beber; tú, sin ir

mas lejos, no eres avaro, y nos das comidas detestables.

Vigneul. Celebro la franqueza.

Lascy. Es hija de la amistad que nos une; haces lo que puedes, pero no sabes mas; y cómo has de saber, si te sientas á una mesa espléndida, y te pones á devorar un pedazo de carne y á vaciar una botella de agua?...

Vigneul. Y tú sabrás lo que has de hacer cuando estemos cazando?

Lascy. Apuesto lo que quieras á que Leonardo te saca de tiro todas las perdices.

Vigneul. Ahora no se trata de Leonardo.... ya sé que en materia de puntería es tu maestro, como puede serlo mio. No quiero luchar con él, pero contigo sí; y apuesto veinte luises á que mato mas caza que tú.

Lascy. No lo dudo! pero si quieres, apuesto yo otros veinte á que cómo mas que tú.

Vigneul. Ah! en cuanto á ese particular, me doy por vencido.

Lascy. Ya destraillan los perros y ponen los caballos; dos horas de trotar nos abrirá el apetito, y nada faltará á la fiesta.

Vigneul. Completa fuera si se verificara en Nantes.

Lascy. Por qué?

Vigneul. Porque no hubiera sentido poder manifestar de cerca á esa canalla del jurado el aprecio que de él y de sus verdictos hacemos.

ESCENA II.

Dichos. LEONARDO ASTHON.

Leonardo. Olvidas que ese jurado acaba de absolverme.

Vigneul. Porque no se habrá atrevido á condenarte.

Leonardo. A haber querido, bien hubiera podido hacerlo.

Vigneul. Hablas tan ventajosamente de él como los de su partido. Sabe que algunos jóvenes del comercio dijeron en la Bolsa, que si el jurado cometia la debilidad de absolverte, corria por su cuenta revocar la sentencia con una buena estocada.

Leonardo. (*Con frialdad.*) Ah! dijeron eso?

Vigneul. Lo dijeron; y viendo que das esta fiesta en el campo y no en la ciudad, supondrán que tienes miedo...

Lascy. (*Interrumpiéndole.*) Vigneul, el agua te se sube á la cabeza y estás disparatando.

Vigneul. Lascy!

Lascy. Ya se guardarán bien de decir que Asthon, el hombre que con un puñado de soldados se defendió en la Vendée hasta el último estremo, y que cuenta mas de veinte desafíos con los mejores espadachines de Paris, tiene miedo á cuatro mentecatos de provincia!

Leonardo. No lo dirán, Vigneul; y si alguna vez no me pesa esa fama de feliz duelista, que desprecio en el fondo, es porque me autoriza á no hacer caso de amenazas por el estilo de las que has oido, ni de las suposiciones que acerca de mí temes que hagan.

Vigneul. Tienes razon, y has tomado el partido mas prudente.

Lascy. Mejor dirás el mas confortable.

Leonardo. Confortable!

Lascy. No soy enemigo declarado del desafío, porque algunas veces distrae. Cuando uno se arruina en la rolina ó se ve engañado por su querida, una estocada cambia el curso de las ideas; pero cada cosa á su tiempo, y cuando se levanta uno de un buen almuerzo, y tiene en perspectiva una comida mucho mejor aun, no hay nada tan insoportable como echar á perder su diversion con una querella intempestiva.

Leonardo. Segun eso, estás satisfecho de mi almuerzo, ilustre gastrónomo?

Lascy. (*Saludando.*) Muchísimo! tanto mas cuanto que temia que tu espedicion te hubiese estragado el gusto, y nada tendria de estraño habiendo estado espuesto por espacio de un año á comer pan de maiz, ó cuando mas galleta, en las miserables chozas de los palurdos.

Vigneul. Y á pasar muchos dias en ayunas.

Lascy. Con mucho menos se perderian todos los buenos hábitos y las sanas tradiciones.

Leonardo. Y sin embargo, es una clase de vida que

envidiaríais, si la conociéseis. Mucho me gusta la carrera militar, y creo haber llenado mis deberes de oficial como debe llenarlos un caballero.... pero, lo digo con franqueza; á esa guerra limitada á las reglas de una fria disciplina, y que os obliga á ser en el campo de batalla el instrumento pasivo del pensamiento de otro; á esa guerra, cuya gloria consiste en cumplir estrictamente las órdenes, cuyo objeto no concebís, preferiria mil veces la guerra de partidarios, en la que cada cual no responde mas que de sí, no depende mas que de sí, y en la que nadie puede pediros cuenta de vuestras derrotas, ni disputaros el honor de vuestras victorias, porque combatis solo... Ah! aun estaria con las armas en la mano, si hubiese sido en defensa de la Francia!

Lascy. Eres un verdadero caballero de la edad media, y debiste nacer seis siglos antes.

Vigneul. Si al menos esas bellas proezas hubiesen conservado el encanto del gótico castillo y de la linda castellana hospitalaria!

Lascy. En cuyo castillo se cena opíparamente despues de haber cabalgado todo un dia.

Vigneul. Eso ya solo se encuentra en las novelas de Walter Scott.

Leonardo. Os engañais, amigos mios; si hubiese querido, quizas habria podido refugiarme en algun noble castillo; quizas blancas manos se hubiesen dignado curarme la herida que me obligó, hace quince meses, á ocultarme en las inmediaciones de Ancenis, en vez de aceptar vuestros ofrecimientos y de retirarme á Inglaterra.

Lascy. Y preferiste confinarte en una cabaña?

Leonardo. La casualidad me condujo á ella, y en ella me detuvo el agradecimiento; y tú, Vigneul, que tienes la imaginacion algo novelesca, sabe que hay mas poesía de lo que piensas en ese modesto obsequio de una familia pobre; en esa fidelidad á toda prueba, que velaba por mi seguridad, como pudiera velar por la de un hijo ó por la de un hermano. En esa cabaña, en la que permanecí dos meses, habia diez personas que sabian mi nombre y la sentencia que sobre mí pesaba... y mientras que

me amenazó el peligro, ni una sola reveló este secreto; y despues de que aquel pasó, ni una sola hizo alarde de tan noble accion. Aqui teneis poesía; sí, poesía hay en el honor, en el valor y en la fidelidad, y yo creo que no puede darse mas noble heroismo.

Lascy. Es verdad; pero cuando reflexiono acerca del régimen á que habrás tenido que someterte, me parece que hay tanto heroismo en recibir como en dar, y te felicito por haber salido de tan apurada situacion.

Leonardo. Ah! no creas que me abrumen ni las fatigas, ni los peligros, ni las privaciones de esa guerra; debo hablarte con franqueza, sin dejar de creer en la justicia de la causa por que me batia, hubiera preferido defenderla contra otros enemigos. Muchas veces ví volver contra mí el arma de un soldado de los que habia mandado cuando combatíamos juntos en las costas de la Morea ó del Africa; vacilaron al conocerme; y como ellos, mas de una vez, bajé mi fusil al frente de un antiguo amigo. Guerra maldita, en que la victoria no satisface!... Es por cierto cosa horrible dejar á la espalda la cabaña del soldado que os sigue, pensar que una madre puede encontrar en su propio campo el cadáver de su hijo que acaba de morir á vuestro lado; no atreverse á atacar ó á defender una posicion, sin tener que temer el llevar ó traer la muerte y el incendio á la casa en que la víspera os dieron hospitalidad, y arrancar á un infeliz el pan con que os alimentó... porque tal es la guerra que hacíamos; tal es toda guerra civil.

Lascy. Segun eso, no volverias á tomar las armas?

Leonardo. No... orgulloso de lo que habia hecho, me jacté de ello en presencia de mis jueces, que debian considerarlo como un crímen, y sin embargo estoy libre... Creedme, amigos mios; ningun hombre busca la muerte con placer, cuando para nada puede servir. Al someterme á la justicia, no temo confesarlo, contaba con su generosidad, y no me equivoqué. Entre ellos y yo existe un pacto de olvido, y le cumpliré fielmente.

Luis. (*Entrando.*) Los caballos estan prontos.

Leonardo. Vamos, amigos, y no olvideis que el mas diestro será proclamado rey del festin.

Lascy. (*Tomando un fusil.*) Pobres perdices!

Vigneul. Las escabechadas, eh?

Lascy. (*En la puerta.*) Qué es eso? un coche que para á la verja; serán perezosos.

Leonardo. (*Examinando su escopeta.*) No espero á nadie.

Lascy. Parece gente de buen humor y de buen apetito.

Leonardo. Los conoces?

Lascy. No por cierto; uno de ellos tiene aire de militar.

Leonardo. (*Corriendo al foro.*) Quizas sea algun antiguo camarada... (*Mirando.*) No recuerdo haberlos visto.

Lascy. Ni yo!

Vigneul. Ni yo; pero aqui vienen y nos dirán lo que quieren.

ESCENA III.

LEONARDO *baja con* VIGNEUL *hasta en medio de la escena, á la derecha del actor;* JORGE *y* FELIPE *se detienen un momento en el umbral de la puerta; entran, saludan y se dirigen á* LASCY *que se quedó en el foro.*

Jorge. El señor de Asthon?

Lascy. (*Señalándole.*) Helo aqui, caballeros. (*Jorge y Felipe se ponen el sombrero y se acercan con paso lento á Leonardo.*)

Vigneul. (*A Leonardo.*) Qué diablos de gente es esta?

Leonardo. (*A Vigneul.*) Ya nos lo dirán.

Jorge. (*Con altivez á Leonardo.*) Sois Leonardo Asthon.

Leonardo. (*Idem.*) Soy Leonardo Asthon.

Jorge. Y yo, caballero, soy Jorge de Chivri.

Felipe. Y yo, Felipe de Chivri.

Leonardo. (*Despues de haberlos mirado de pies á cabeza.*) Tanto mejor para vosotros.

Jorge. (*A Felipe.*) Oiste?

Felipe. Esperaba esa contestacion.

Jorge. (*Acercándose á Leonardo.*) Queremos hablaros.

Leonardo. (*Haciendo seña á sus amigos para que se retiren y entregando la escopeta á Vigneul.*) Con mucho gusto. (*Los amigos se retiran.*)

Jorge. Nos habeis comprendido?

Leonardo. Perfectamente: me preguntásteis si me llamaba Leonardo Asthon, y os contesté que sí; me dijísteis que os llamabais, vos, Jorge de Chivri, y el señor, Felipe de Chivri; y yo respondí: tanto mejor para vosotros.

Jorge. (*Animándose.*) Y este nombre es noble y puro, caballero.

Leonardo. (*Con desprecio.*) Todo nombre es noble, cuando procede con honradez el que le lleva, y precisamente ignoro esta circunstancia respecto á vosotros.

Jorge. (*Con furor.*) Y yo vengo á manifestárosla. (*Le arranca la cinta que lleva en el ojal.*)

Leonardo. (*En el primer movimiento desenvaina el cuchillo de monte, y luego le arroja con violencia.*) Miserable!

Jorge. (*Cruzándose de brazos.*) Vuestras armas?

Leonardo. La espada.

Jorge. La hora?

Leonardo. Al instante.

Jorge. El sitio?

Leonardo. Detras de mi jardin, junto á la fuente del bosque. Vigneul, ve por mis espadas. (*Vase Vigneul.*)

Jorge. Alli nos encontrareis.

Felipe. A los dos.

Lascy. (*Adelantándose.*) Con mucho gusto, caballero; cabalmente soy algo aficionado á las partidas dobles.

Felipe. El señor de Asthon sabe muy bien, que solo con él podemos entendernos; y si mi hermano no venga el nombre de Chivri, le vengaré yo.

Leonardo. Los dos!... Ah! teneis razon, porque supongo que será desafío á muerte.

Jorge. Esta vez me comprendisteis. (*Vase con Felipe.*)

ESCENA IV.

LEONARDO. LASCY. VIGNEUL, *con las espadas, y los* JÓVENES.

Leonardo. No sé como he podido dominarme, y cómo no he tendido á mis pies al miserable que me insultó!

Lascy. Creo que no perderá nada por esperar; pero cuál es la causa de tal insulto?

Leonardo. No te la dijo ya Vigneul, hace un momento? Vienen á revocar mi sentencia; pero pronunciaron la suya.

Lascy. No: Felipe dijo que era asunto personal.

Leonardo. Personal ó no, es preciso que mate á esos dos hombres, es preciso!

Lascy. Y muy justo; pero me parece que uno de nosotros podria ir á informarse de los motivos que haya habido para semejante insulto: cuando se mata á un hombre, se debe saber al menos por qué.

Leonardo. Por qué? (*Enseña el ojal en que estaba la cinta.*) Ah! no conozco ni á uno, ni á otro; ignoro si sin querer les he causado algun perjuicio en su fortuna ó en su reputacion; ni sé tampoco si son de los que pretenden revocar con su espada la sentencia que me absuelve; pero aun cuando hubiese deshonrado á su madre ó á su hermana; aun cuando, en la guerra de que hemos salido, hubiese precipitado en la tumba á toda su familia, os juro que los mataria sin remordimientos y sin compasion. Vigneul y tú me acompañarcis.

Vigneul. Estamos á tu disposicion.

Leonardo. (*A los demas.*) Señores; no sospechaba que nuestra reunion fuese turbada de un modo tan fatal; creia haber hecho todo lo posible para evitar tamaña desgracia; unos miserables han querido empeñar una lucha nueva; la acepto contra ellos, y la aceptaria, si preciso fuese, contra todos nuestros enemigos. Adios, señores, sea cual fuese el resultado de este combate, no juzgo oportuno que le siga una fiesta. (*Vanse por la derecha del actor: al criado.*)

Luis, dí que retiren los caballos. (*A los testigos.*) Amigos, á la fuente del bosque. (*Salen por la izquierda del actor.*)

ESCENA X.

LUIS *solo mirándolos.*

En qué pararán estas misas? Unos se van por la derecha, otros por la izquierda, y todos se han puesto tan tristes con la venida de los dos estrangeros.... (*Va á salir.*) Hola, hola, hoy es dia de visitas, lo que es esta no me parece peligrosa.

ESCENA VI.

LUIS. MARCIAL.

Marcial. El señor de Asthon?
Luis. Salió.
Marcial. Tardará en volver?
Luis. Creo que no.
Marcial. Podria escribirle?
Luis. Encima de esa mesa teneis con qué.
Marcial. (*En el proscenio.*) No olvidemos las pocas palabras que prometí á Diana dejarle por escrito, en el caso de que no le encontrase. Ah! si hubiese previsto lo que iba á exigir de mí, cómo me habia de haber comprometido..? Felizmente no encontré á Asthon; si le viera quizás olvidaria que Diana aun confia en él: escribamos. (*Se sienta y escribe mientras que Luis mira hácia fuera desde el foro.*)
Luis. Parece que este jovencito ha venido bien acompañado; á la portezuela del coche se asoma una señora.
Marcial. (*Dobla la carta y se la enseña á Luis que baja al proscenio.*) Cuando venga el señor de Asthon le entregareis esta carta, diciéndole que la persona que la ha mandado escribir aguarda en el coche que está al estremo de la calle de árboles.
Luis. Muy bien. (*Marcial va á salir.*) Disimulad, urge mucho?

Marcial. Muchísimo.

Luis. En ese caso, si la persona que espera la contestacion desea ver al señor de Asthon al momento, puedo deciros donde le encontrareis; porque, si mal no me acuerdo, nada dijo de volver cuando se separó de sus amigos.

Marcial. Segun eso el señor de Asthon hace poco que salió?

Luis. Muy poco; estuvo almorzando con unos caballeros y debian salir en seguida á caza, pero la llegada de dos estrangeros interrumpió la diversion.

Marcial. (*Con viveza.*) De dos estrangeros decis?

Luis. Sí, señor, dos hombres, uno...

Marcial. (*Con ansiedad.*) Militar; no es verdad?

Luis. Al menos lo parecia porque lleva bigotes y una cinta en el hojal.

Marcial. (Es Jorge... Ah! mis hermanos se nos han adelantado.) Y dónde estan esos estrangeros?

Luis. No puedo contestar á vuestra pregunta, pero apenas salieron se separó la sociedad y el señor de Asthon acompañado de dos amigos se dirigió hácia el bosque.

Marcial. (*Muy agitado.*) (Ah! hemos llegado demasiado tarde, pero quizas pueda evitar todavia ese combate.) Decid, amigo mio, dónde podré encontrar á vuestro amo?

Luis. En el estremo del jardin; sobre la derecha, al lado de la fuente.

Marcial. Voy volando! Oh! pobre Diana! pobre hermana!

Luis. Seguid toda esa calle de árboles, y saldreis al sitio que os he indicado.

Marcial. Gracias, Gracias!... Quiera Dios que no llegue demasiado tarde! (*Vase corriendo.*)

ESCENA VII.

LUIS *solo.*

Cómo corre! y ha dejado la carta. (*La recoge.*) Probablemente será inútil... se la devolveré si vuelve: qué lejos está ya.... mucha prisa tiene el mozalvete, ó es

mucha la impaciencia de la señora que le envia por ver al señor de Asthon. (*Va á salir.*) Toma, pues no se apea?... parece que tampoco es muy aficionada á esperar... y anda como si estuviera enferma, apoyándose en el brazo de su criado... Si estaré soñando? Cualquiera diria que es ciega... y tambien lo digo yo.

ESCENA VIII.

LUIS. DIANA. UN CRIADO.

Criado. (*En la puerta.*) Aqui hay un criado que podrá orientaros.

Diana. (*Muy conmovida.*) Muy bien; retírate. (*A Luis.*) Estoy en casa del señor de Asthon? (*Vase el criado.*)

Luis. Sí, señora; pasad adelante.

Diana. Sabeis si vino un jóven á preguntar por él hace un momento.

Luis. Se dirigió á mí.

Diana. Y le vió?

Luis. No señora; pero le dije donde podria encontrarle y fue volando á buscarle.

Diana. (Tanto mejor!... Temia que Marcial hubiese olvidado lo que me habia prometido.)

Luis. Si, como supongo, quereis ver al señor de Asthon, podeis esperarle en este salon; siempre estareis mejor que en el coche.

Diana. Va á volver?

Luis. Asi lo creo.

Diana. Pues bien, cuando llegue, decidle que una señora desea verle y hablarle á solas... ois? á solas.

Luis. Perfectamente... Sentaos en esta silla... voy á esperarle.

Diana. Gracias, amigo mio... gracias!

Luis. Pobre señora!... hermosa como un angel y ciega!... Qué lastima! (*Vase.*)

ESCENA IX.

DIANA *sola.*

Estoy en su casa, y va á venir!... Qué le diré? En el

primer transporte de mi desesperacion, no me acordé de que mi madre no se habia determinado á revelar el fatal secreto á mi padre sin haber tanteado antes todos los medios de hacerle comprender su deber... Si la voz del honor nada pudo en él, qué podrán las lágrimas de una jóven á quien no ama ya, y á quien nunca amó?... Dios mio! Dios mio! inspiradme... Vos sabeis que no soy culpable, y ya que habeis sido bastante cruel para no dejarme morir de desesperacion, compadeceos al menos de mí... Hablad por mi voz á ese corazon inflexible... No os imploro por mí; no vengo á pedirle mi felicidad, vengo á pedirle el honor de mi padre y la vida de mis hermanos... No basta ya una víctima por un crímen que no cometí? Mis hermanos van á venir... sí, vendrán. Infeliz de mí si se me hubiesen adelantado! Su muerte y la de Asthon seria inevitable. Y Marcial no vuelve... Marcial!... Oh! me cumplirá su promesa? Habrá podido dominarse en presencia de ese hombre?... No vuelve!... y no hay nadie á quien preguntar, nadie!... Marcial!... Marcial!...

ESCENA X.

LUIS. DIANA.

Luis. Señora!

Diana. Ah! sois vos!

Luis. El señor de Asthon acaba de llegar.

Diana. Viene con él mi hermano?

Luis. Ese jóven...

Diana. Sí.

Luis. No, señora.

Diana. (Oh! me cumplió la palabra y me estará esperando.)

Luis. Pero mi amo no viene solo, le acompaña un amigo.

Diana. No quiero que me vea... no lo quiero.

Luis. Venid con mí... os llevaré á otra pieza, y luego que el señor de Asthon se quede solo le pasaré vuestro recado.

Diana. Vamos... vamos. (*Vanse por una puertecita de la izquierda.*)

ESCENA XXI.

LASCY. LEONARDO. *Entran por el foro derecho.*

Leonardo. (*Sentándose.*) Tenias razon Lasey, este asunto encierra un misterio horrible.

Lascy. Y cuando lo reflexiono, conozco que tambien tenias tú razon... Despues del insulto que habias recibido era imposible toda esplicacion.... indispensable batirse.

Leonardo. (*Reflexionando.*) Dos hermanos que se ponen de acuerdo para provocarme!... dos hermanos y cuando el que me insultó cae herido de muerte, el otro ocupa su puesto y me ataca.

Lascy. Y con tanta frialdad y resolucion como si no hubiera visto morir á su hermano.

Leonardo. No habia comprendido el terrible gesto con el que nos impuso silencio cuando tomó la espada... Pero luego que ví á aquel pálido anciano que se acercaba á nosotros, y que con las manos levantadas al cielo, parecia que le imploraba y me maldecia, los remordimientos llamaron á mi carazon... y vacilé en aceptar el segundo combate; pero el insensato me dió con la espada de plano en la cara, y yo no vi mas que aquel hombre; me defendí como me atacaba, á ciegas; deseaba beber de su sangre como deseaba él beber la mia... y volví de tan funesto delirio cuando caia llamando á su padre... porque era su padre el que alli estaba.

Lascy. Sí, su padre.

Leonardo. Un padre que presencia el desafio de sus hijos!... qué horror!

Lascy. Y no has podido descubrir el origen de ese fatal encarnizamiento?... porque un odio profundo es lo que ha impelido á obrar asi á ese padre, á esos dos hijos y hasta á ese debil niño...

Leonardo. Sí, hasta á ese débil niño que llegando sin aliento al campo de batalla, recogió por la tercera vez esa espada inútil para sus hermanos, y que me gritó en el transporte de su dolor: á mí! á mí! á mí!... Soy tambien un Chivri!... Soy el hermano me-

nor de Diana. Soy el hermano menor de Diana. Le oiste, Lascy?

Lascy. Sí; pero me afectaron sobre todo las solemnes palabras que pronunció el desventurado anciano cuando se llevó al único hijo que le quedaba: Ven.... ven, le dijo, nos ha deshonrado y con la deshonra le pagaré.

Leonardo. La deshonra á mí! á mí!.. Y por qué crímen... por qué vileza?

Lascy. Ni por uno, ni por otra... Pero ya sabes que muchas veces, siendo oficiales, por decir un chiste, atentamos contra la reputacion de mas de una hermosa dama... Y una palabra imprudente acerca de alguna muger de la familia del señor de Chivri...

Leonardo. Nunca usé esos chistes en los que pierde el que los dice su honor y el de los demas; por otra parte, hace una hora que no conocia ni al señor de Chivri, ni á sus hijos, ni á su hija caso de que la tenga.

Lascy. Vigneul viene; como se quedó hablando con uno de los oficiales que fueron padrinos de los señores de Chivri puede que sepa algo.

ESCENA XII.

LEONARDO. VIGNEUL. LASCY.

Leonardo. Qué te dijo ese oficial?

Vigneul. Nada que pueda orientarnos... Sirvió en el mismo regimiento que Jorge de Chivri, quien pasó esta mañana á su casa á suplicarle que fuese su padrino en un lance que no admitia esplicaciones. El oficial no quiso negar tan corto servicio á un antiguo camarada, subió á su coche y le siguió.

Leonardo. Segun eso estaban decididos á batirse cuando vinieron, y no habian previsto que fuese posible una esplicacion?... Tan infame es el insulto que venian á vengar? Hay para volverse uno loco.

ESCENA XIII.

Dichos. LUIS.

Luis. Señor.
Leonardó. Qué hay?
Luis. Una persona desea hablaros.
Leonardo. No quiero recibir á nadie... á nadie absolutamente, entiendes?
Luis. Permitid que os pregunte si habeis encontrado á un jóven que fue á buscaros á la fuente del bosque?
Leonardo. (*Con viveza.*) Un niño?
Luis. Sí señor.
Leonardo. Estuvo aqui?
Luis. Sí señor; y como habiais salido os dejó una esquelita.
Leonardo. Trae.
Luis. (*Dándosela.*) Tomad.
Lascy. (*Mientras que Leonardo lee.*) Puede que al fin descubramos algo.
Vigneul. En qué quedamos?
Leonardo. (*Despues de haber leido.*) Escuchad. «Caballero, una muger cuya vida y honor pende de vos, os suplica que la oigais un momento. Aguarda vuestra contestacion.»
Lascy. No lleva firma?
Leonardo. No. Quién será esa muger? Y dónde la encuentro ahora?
Luis. Está aqui.
Todos. Aqui!
Luis. Sí, señor; como os dice en la carta, esperaba la contestacion en su coche: pero viendo que tardaba su hermano que habia ido á buscaros, se apeó y vino con un criado... Ah! se me habia olvidado deciros que es ciega.
Todos. Ciega!
Luis. Pero hermosa como un ángel!.... Preguntó por vos y la dige que aguardara en este salon.
Leonardo. En este salon: y por qué se marchó?
Luis. Porque veniais acompañado y quiere hablaros á solas.
Vigneul. Quién puede ser esa muger?

Lascy. No te lo han dicho ya? la hermana de ese joven, esa Diana cuyo nombre...

Luis. Eso es... lo sé porque oi á su hermano decir cuando se marchó: Pobre Diana!

Leonardo. Lascy, Vigneul, dejadme... Al fin descubriré ese fatal secreto que debe encerrar una traicion horrorosa, un crímen inaudito.

Lascy. Qué sospechas?

Leonardo. No me atrevo á decirlo... pero si saliera cierto seria una vileza de que nunca se ha visto ejemplo. (*Vanse.*

ESCENA XIV.

LEONARDO. LUIS.

Leonardo. Luis, cierra las puertas... Ve á buscar á esa señora, y dile que la recibirá un amigo, un pariente del señor de Asthon. Oiste? un pariente del señor de Asthon.

Luis. Sí, señor.

Leonardo. (*Solo.*) Quizas podré descubrir de este modo la verdad que busco y que me amedrenta. Hablaré á esa muger á cuyos hermanos acabo de matar; á esa muger que segun las apariencias ha sido mi víctima y á quien no conozco! Verdaderamente creeria que estaba soñando si no saliera de ese funesto combate, si no viera aun el espectáculo de esos hermanos muertos, de ese niño delirando, de ese anciano desconsolado... Aqui viene... qué hermosa y qué noble aspecto!.... Ah! en su rostro está retratado el dolor!.... cuánto ha debido padecer!

Luis. (*Entrando con Diana.*) Me equivoqué, señorita, no era el señor de Asthon... es un pariente suyo.

Leonardo. Retírate.

ESCENA XV.

LEONARDO. DIANA.

Diana. (*Procurando detener á Luis que se va.*) No, no, caballero, deseaba hablar al señor de Asthon... á él solo... debo retirarme puesto que no está aqui...

Leonardo. No podeis decir á su mas íntimo amigo... lo que queríais preguntarle?

Diana. Nada ya: el no querer recibirme, dice bastante... Es mi sentencia.

Leonardo. Vuestra sentencia... Ah! Leonardo no se ha negado á recibiros.

Diana. Pues por qué no está aqui?

Leonardo. (No me conoce.) Y si fuese él el que os habla?

Diana. Él? ah! caballero, no sé quién sois; pero es una crueldad tratar de engañar á una pobre ciega... Él, decis? él, el que me habla?.. Conozco á Leonardo Asthon?

Leonardo. Le conoceis?

Diana. Oh! sí... le conozco!

Leonardo. (No me engañé... otro!.. oh! descubriré al infame!) Con que conoceis á Leonardo Asthon?

Diana. Dios no me permite ver la luz que hizo, ni la cara de aquellos á quienes hablo... pero si en medio de este castillo, en el que me encuentro estraviada, hubiese oido un solo acento de su voz... Oh! le hubiera reconocido entre el murmullo de otros mil; me hubiera alumbrado, me hubiera guiado, y hubiera corrido hácia él, para implorar su compasion y su piedad.

Leonardo. Implorar vos compasion y la piedad de Leonardo Asthon... y por qué?

Diana. Quien quiera que seais, caballero... no abuseis de la turbacion de una desgraciada, del desórden de un corazon desesperado.... dejadme.... dejadme huir. Ah! sin duda no quiso añadir á su crimen el de esponerme á la irrision de sus amigos.

Leonardo. Leonardo Asthon!.. ah! no podeis creerlo... es un hombre honrado... es un soldado valiente y noble... es incapaz de semejante infamia!

Diana. Pero por qué no está aqui?

Leonardo. (*Despues de haber vacilado.*) Debo hablaros con franqueza; la esquela que habeis mandado escribirle no ha llegado á sus manos; está en mi poder.

Diana. Y habeis abusado...

Leonardo. Quizas tenia derecho para hacerlo. Escucha-

me: suponed por un momento que el que os pregunta es el padre de Leonardo Asthon.

Diana. Su padre?

Leonardo. Suponed que todo lo que puedo deciros en su nombre es sagrado, como si estas palabras pasasen por la boca de un anciano que no sabe mentir.

Diana. Un anciano?.. Sois anciano?.. Oh! no me engañeis, porque seria horroroso... No puedo veros.... Oh! por compasion! quién sois?

Leonardo. No me lo pregunteis; pero os juro por cuanto hay mas sagrado en el mundo, que estais en presencia de un hombre para quien sois santa y digna de respeto; delante de un hombre que os salvará.

Diana. Os creo; conozco por vuestro acento que decis verdad... No, no es ese el lenguaje de la mentira... Ah!.. (*Se detiene y escucha.*)

Leonardo. Estamos solos.

Diana. Ah! salvad mi vida y la de mis hermanos.

Leonardo. (La vida de sus hermanos!)

Diana. Buscad á Leonardo; decidle que estoy aqui... decidle que le pido que vuelva el honor á la pobre jóven que perdió en el momento mismo en que ella acababa de salvarle.

Leonardo. A Leonardo Asthon?

Diana. A Leonardo Asthon... Luego nada sabeis?

Leonardo. Nada acerca de ese horroroso secreto; pero hablad, hablad, en nombre del cielo!.. es preciso que nada ignore; es preciso, oís?.. porque es preciso que os salve yo ahora.

Diana. No puedo comprenderos... Pero, siendo su amigo, sabreis que estuvo proscripto?

Leonardo. Sí.

Diana. Sabreis que buscó un asilo á algunas leguas de este castillo?

Leonardo. En las inmediaciones de Ancenis.

Diana. Y sabreis tambien que le encontró?

Leonardo. Lo sé.

Diana. Pues bien! yo soy Diana de Chivri, la nieta de la señora de Kermic, á cuya hospitalidad faltó tan vilmente.

Leonardo. A la hospitalidad de la señora de Kermic!.. No entiendo lo que decis.

Diana. Me engañais: no conoceis á Leonardo Asthon!

Leonardo. Escuchadme, señora, y quiera Dios prestar á mis palabras un acento que os persuada. Vos acusais á Leonardo Asthon, y yo no puedo creer que sea culpable... Una fatalidad horrible habrá pesado sobre su destino y sobre el vuestro; pero por grande que sea vuestra desgracia, quizas admita reparacion.... hablad, hablad en nombre del cielo.

Diana. Pues bien! hablaré, puesto que ya os he dicho demasiado para no descubríroslo todo. Y vos, Dios mio, mirad al que hablo, por mí que no puedo verle, y que tiemble en vuestra presencia, si se burla de mi dolor!

Leonardo. A ese Dios que invocais, le invoco yo tambien; y le invoco por los dos.

Diana. Escuchadme. Perseguido Leonardo, perdido y abandonado de todos, vagaba por las inmediaciones del castillo de mi madre, que no le conocia y le amaba por sus nobles cualidades, por su valor y por sus virtudes... Yo, que oía todos los dias la relacion de sus hazañas, le amaba tambien... le amaba, porque se complacian en pintármele como un héroe... le amaba, porque le creia noble y grande.

Leonardo. Le amabais?

Diana. Con delirio!... Un dia vino á decirnos que no tenia asilo, y mi madre le ofreció uno. Leonardo aceptó, y le ocultamos en un pabellon que me pertenecia. Todos los dias iba á verle, muchas veces sola, porque mi madre habia caido enferma... Sí, todos los dias iba á verle y todos los dias le oía... me hablaba de sus peligros, de sus combates y de su amenazada existencia, y yo le amaba mas y mas, y... y...

Leonardo. Y él?

Diana. Me amaba tambien; al menos me lo decia... sí, me decia que me amaba, á mí, á una pobre ciega que hasta entonces no habia inspirado mas que lástima. Oh! cuando todo lo que os rodea os habla como á una desgraciada, que solo es dado compadecerla, llena tanto de alegria su corazon una voz que le habla de amor! Con él, mi vida no me parecia ni vacía, ni oscura; habia dado á mi alma la luz que

falta á mis ojos... Cuando me hablaba del cielo, creía verle. Me amaba!.. muy loca fui en creerlo, no es verdad? pero yo le amaba y le creia!

Leonardo. Miserable!

Diana. Por espacio de dos meses se burló del insensato amor que en mi escitaba. En fin, una noche invadieron unos soldados el castillo... corrí al pabellon; todas las salidas estaban tomadas... Solo habia un medio de salvarle; el de hacer creer que habitaba yo el sitio en que él estaba oculto. En otra ocasion me habia salido bien esta estratagema, y los soldados se habian retirado sin registrarle; pero esta vez insistieron, y yo queria salvarle. Se habia refugiado en una alcoba, estábamos á oscuras... A todo me atreví; y cuando los soldados entraron con luces, solo vieron una muger en la cama y se detuvieron.

Leonardo. Gran Dios!

Diana. Sí, señor; esto hice, y los soldados al verme asi á mí, pobre ciega, se retiraron sin atreverse á pasar el umbral de aquella alcoba, y se retiraron dejándome sola con él: cerró la puerta, aquella puerta que habian respetado los soldados, y olvidando que acababa de salvarle la vida...

Leonardo. Ah!

Diana. (*Con desesperacion.*) Hubiera podido pedir socorro y perderle; pero le amaba y consentí en perderme á mí misma.

Leonardo. Infame! infame!

Diana. Sí, muy infame, no es verdad? y yo muy desgraciada!.. Al dia siguiente, cuando fuí al pabellon, cubierta de vergüenza... habia desaparecido!

Leonardo. Oh! cuánto habreis padecido!

Diana. Hay mas... desde entonces no he tenido la menor noticia de él! me quedé sola sin poder leer ni escribir, ni preguntar; con un horroroso secreto en el corazon... y cuando mi madre llegó á conocerle, al ver mi desesperacion, solo por él supliqué. Le escribió, y no ha contestado. Perdida ya toda esperanza, llamó á mi padre y á mis hermanos, y no pudiendo volverme el honor, les hizo jurar que me vengarian... Lo juraron... y lo juraron en mi presen-

cia... Van á venir, y yo me adelanté para impedir ese infame combate, porque no puede matar á mis hermanos despues de haberme deshonrado.

Leonardo. Cielo santo!

Diana. Ya conoceis que está en su mano salvarnos. Solo le pido su nombre por un dia, por una hora, si preciso fuese, y os juro lo mismo que á él... os juro delante del Dios que ofendo, que no seré para él una larga cadena... Poco tiempo me queda de vida; he padecido mucho! y si Dios fuere bastante cruel para hacerme mas fuerte que mi desgracia, me mataria.

Leonardo. Infeliz!

Diana. Me mataria, no por él, sino por mí... No le amo ya, le desprecio.

Leonardo. A Leonardo Asthon?... Oh! no le desprecies...

Diana. Que no le desprecie?

Leonardo. O Diana! ángel sagrado de desdicha y de dolor, os juro que Leonardo os salvará si puede algo en el mundo. Ah! no le desprecies antes de saberlo todo.

Diana. Qué me falta aun saber, qué teneis que decirme?

Leonardo. Nada puedo, ni debo revelaros por ahora; pero acordaos de las palabras que pronuncio aqui delante de ese Dios que habeis invocado. Sea lo que fuere lo que llegueis á saber y por mas que aun os resten pesares, no os abandoneis á la desesperacion, y conservad vuestra vida. No condeneis á Leonardo y confiad en la justicia del cielo y en él.

Diana. En él?

Leonardo. Sí, en Leonardo Asthon, que no conquistó con la mentira el renombre de generoso, valiente y honrado; en Leonardo Asthon, incapaz de cometer una vileza, no lo dudeis; en Leonardo Asthon en fin, tal como le amasteis.

Diana. (*Alargándole la mano.*) Dios lo quiera!

Leonardo. Tomad mi mano, señora; podeis apoyaros en ella sin temor de que os falte ni de que os haga traicion.

Diana. Ah! me lo dice el corazon!

ACTO CUARTO.

Salon.=Puerta en el foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

MARCIAL. EL SEÑOR DE CHIVRI.

Chivri. (*Sentado, apoyada la cabeza en las manos; una espada encima de la mesa.*) Muertos los dos! muertos!... Jorge! Felipe!... Hijos mios! hijos mios! (*Cae abrumado, y apoya la cabeza sobre la mesa.*)

Marcial. (*Mirando á su padre.*) Y Diana!... Cuando mi padre me arraneó en medio de su desesperacion del sitio del combate, olvidé que me aguardaba... Infeliz... qué habrá sido de ella?

Chivri. Hijos mios!... hijos mios!... Felipe! Jorge!

Marcial. Pobre hermana! no ha pronunciado todavia su nombre y no me atrevo á decirle que sé la verdad, que está aqui!... y no puedo separarme de él... qué situacion tan horrible!.... acaso cansada de esperarme va á venir! ah! cuanto sentiria que la viese en este momento!... (*Marcial se dirige al foro y cierra la puerta; aparece un criado.*)

Chivri. Dios mio! habeis sido implacable conmigo!

Marcial. (*Al criado.*) Esta mañana vine con una señora á este castillo.

Criado. Lo sé.

Marcial. Si volviese, estando yo con mi padre, me avisareis, pero no la permitireis que suba. (*Vase el criado.*) Ah! descargaria sobre ella todo el peso de su cólera y de su desesperacion!

Chivri. Y ví caer á los dos! y no pude vengarlos! porque, cuando quise castigarle, se compadeció de mi ancianidad... se compadeció!... y no me queda mas recurso que el de una miserable venganza: hacerle comparecer ante los tribunales! y compraré esa ven-

ganza con el honor de mi nombre... y para deshonrarle tendré que publicar mi afrenta!... (*Levantándose.*) Oh! quién me vengará, Dios mio!

Marcial. (*Adelantándose.*) Yo!

Chivri. (*Con viveza.*) Tú! tú!... el único hijo que me queda! tú, Marcial!... Oh! no olvides el juramento que me hiciste.

Marcial. Creia que no os acordabais de él!

Chivri. Y qué hariais? Provocar un nuevo combate contra ese hombre que te mataria!

Marcial. Ah! padre mio!...

Chivri. Te mataria como á tus hermanos!

Marcial. Dios seria justo una vez!

Chivri. Marcial! Marcial! fuí muy culpable y muy cruel para con tus hermanos, pero no lo seré para contigo! Tienes obligacion de obedecerme y te mando... te suplico... júrame, júrame por tu honor que no buscarás á ese hombre, que no te batirás con él...

Marcial. Os lo prometí ya.

Chivri. Repítemelo! repítemelo!... No ves que solo me quedas tú en el mundo? Compadécete de mí!... hijo mio, ten valor!... no te batas!

Marcial. Sí, sí, tendré ese valor...

Chivri. (*Cayendo en una silla.*) Gracias, gracias. Oh! créeme, no es lo mas dificil el morir. (*Entra un criado.*)

ESCENA II.

Dichos. UN CRIADO.

Marcial. Qué hay?

Criado. El señor Delaunay... (*A Marcial.*) Uno de los testigos de vuestros hermanos desea hablaros.

Marcial. Voy. (*Va á salir.*)

Chivri. (*Levantándose.*) Decid al señor Delaunay que pase adelante.

Marcial. Pero, padre, en tal momento...

Chivri. Hijo mio, no temo que me vean llorar... (*Al criado.*) Que entre.

ESCENA III.

MARCIAL. EL SEÑOR DE CHIVRI. DELAUNAY.

Delaunay. (*A Marcial.*) Deseaba hablar con vos á solas.

Chivri. Caballero, podeis hacerlo sin rebozo.

Delaunay. Señor conde, quisiera evitaros el pesar de oir los detalles que vengo á referir á vuestro hijo.

Chivri. Hablad, hablad...

Delaunay. Permitid que... pero...

Chivri. (*Con viveza.*) Supongo que no será un secreto...

Delaunay. No señor, pero no me encuentro con bastante resolucion.

Chivri. Advertid; que, de los que estamos aqui, no debiérais ser el que menos valor mostrara.

Delaunay. Sabed pues que hemos transportado los cuerpos de vuestros...

Chivri. (*Llorando.*) Dios mio! Dios mio!

Delaunay. Pero todo esto es inútil... y...

Chivri. (*Afectando tranquilidad.*) Proseguid, proseguid.

Delaunay. Los colocamos en una cabaña. La autoridad, que tuvo noticia del fatal acontecimiento se presentó en ella.

Chivri. (*Con viveza.*) La autoridad?

Delaunay. Sí señor, y ha mandado que sean enterrados en el territorio de la villa en que se verificó el combate.

Chivri. Os agradezco en el alma los tristes cuidados que os habeis tomado.... Pero por qué.... por qué no se les da sepultura en la ciudad de Nantes?

Delaunay. Señor conde, todos los hombres honrados toman parte en vuestra afliccion; pero los magistrados han temido que tan fúnebre cortejo, atravesando las calles de una ciudad en que tantas pasiones murmuran aun, provocase contra el autor de vuestra desgracia, y quizas contra todos los de su partido, un motin que pudiera producir los mas culpables escesos.

Chivri. Seria muy oportuno lo que me habeis manifestado, si se considerara como un duelo político el com-

bate en que sucumbieron mis hijos... Pero espero que la ciudad de Nantes sepa mañana cuan santa y cuan legítima ha sido su conducta... Mientras tanto permitidme que os pida otro favor.

Delaunay. Disponed de mí; estoy á vuestras órdenes; fui amigo y camarada de Jorge.

Chivri. Agradezco la atencion. Tened la bondad de aguardar un momento. (*A Marcial.*) Hijo mio, cumplamos con nuestro deber!...

Marcial. Qué vais á hacer?

Chivri. A vengar á tus hermanos. (*Se sienta y escribe.*)

Marcial. (*Llevando á Delaunay al otro lado de la escena.*) Quereis dispensarme tambien un favor?

Delaunay. Cuál es?

Marcial. Pedid á mi padre que os acompañe?

Delaunay. Quereis separaros de él?

Marcial. Es preciso y debo hacerlo.

Delaunay. Para ir á casa del Señor de Asthon?

Marcial. No: juré por mi honor á mi padre que no provocaria otro combate!... El deber que voy á cumplir es mas sensible de lo que podeis pensar.

Delaunay. Solo quiero saber una cosa. Salis para batiros?

Marcial. Os dije que no.

Delaunay. Procuraré complaceros.

Chivri. (*Levantándose con la carta.*) Tomaos la molestia de llevar vos mismo esta carta al procurador del rey. Al anunciarle la acusacion que voy á hacer, quizas no le haya esplicado suficientemente el motivo que me impide pasar á su casa, como debia hacerlo.... pero cuando vos le digais la verdad, cuando sepa mi triste estado, comprenderá que no puedo salir, y se dignará venir á verme.

Delaunay. No lo dudo; pero si vuestro hijo me acompañara...

Chivri. (*Acercándose precipitadamente á Marcial.*) Dejarme ahora sin hijo?... No, no puede ser.

Marcial. Pero padre...

Chivri. (*Con tristeza y queja.*) Marcial!... Marcial!...

Marcial. Me quedo, padre mio.... me quedo!

Delaunay. Y yo me retiro... (*Saluda y se va.*)

ESCENA IV.

EL SEÑOR DE CHIVRI. MARCIAL.

Chivri. Quieres abandonarme!... quieres abandonarme!... Ah! tú no lo sabes todo.... No hemos hablado aun de Diana.

Marcial. Todo lo sé.

Chivri. Quién te lo ha dicho?

Marcial. Ella.

Chivri. Ella?... Y tuvo el vergonzoso valor....

Marcial. Tuvo esa confianza en mí...

Chivri. Confianza le llamas?

Marcial. Sí; me refirió la entrevista que con nuestra abuela tuvisteis en la que dominado por el dolor os negasteis á oir su justificacion.... Me dijo que la habíais rechazado y el objeto con que habíais partido.

Chivri. Y viniste á vengarla!.... Y viniste, olvidando que era culpable, á reunirte con tu padre y con tus hermanos!

Marcial. Sí; pero no vine solo.

Chivri. Cómo!... Diana!...

Marcial. Está aqui.

Chivri. Aqui!... aqui!... y qué quiere? Quiere que la maldiga?

Marcial. (*Con fuerza.*) Veo que sois vos el que no lo sabe todo.

Chivri. Sé que perdió el honor de su nombre.

Marcial. Ignorais que se le arrancó la violencia.

Chivri. La violencia?

Marcial. Sí, padre mio, sí; creed en la palabra de vuestro hijo, que os lo asegura en presencia de Dios! Diana es inocente.

Chivri. Oh! no me engañas?

Marcial. Olvidais que nuestra abuela quiso defenderla?

Chivri. Y yo me negué á oirla... y la infeliz Diana....

Marcial. Lo es mucho mas de lo que pensais; aun no acabó de padecer, pues no sabe que es inútil el noble sacrificio que ha hecho.

Chivri. Te aguarda por ventura?

Marcial. Sí.

Chivri. Te aguarda!... y quizas crea que tu tambien la abandonas... No te detengas, ve á buscarla. (*Marcial va á salir.*) Ah! oye; no la digas que han muerto sus hermanos; la matarias!

Marcial. Quiera Dios que no se lo haya revelado alguna fatal casualidad; porque ya os he dicho que queria morir.

Chivri. Y aun estás aqui!... Ve, corre, dile que quiero que viva, dile que la perdono... y que es preciso que me ayude á vengarla.

Marcial. Voy volando.

Criado. (*A Marcial.*) Vuestra hermana está en la pieza inmediata.

Marcial. Mi hermana!... que entre. (*Vase el criado.*)

Chivri. Es Diana?

Marcial. Sí señor.

Chivri. Oh! no, no quiero verla.

Marcial. La habeis perdonado.

Chivri. Sí... la veré... luego... luego... ahora no. (*Cae en un sillon. Diana entra por el foro.*)

ESCENA V.

Dichos. DIANA.

Diana. Marcial! Marcial! (*Acercándose y reconociendo á su hermano.*) Ah! al fin te encuentro!

Marcial. Hermana mia!... Disimula, tuve precision de separarme de tí.

Diana. Sí, sé que estaba ausente cuando fuiste á buscarle, y cuando volviste ya habria yo marchado con el hombre generoso que nos salvará á todos.

Marcial. Qué dices?

Diana. Sí, Marcial.... sin duda me inspiró el cielo la idea de venir aqui.... Bien sabia yo que Leonardo no querria deshonrar á Diana, ni á su familia.

Marcial. (Oh! su razon se estravia.) Esplícate, hermana mia.

Diana. Ha sucedido lo que habia previsto.

Marcial. Pero qué?... qué ha sucedido?

Diana. Escucha... Como tardabas tanto, y temiendo

que en presencia de Leonardo hubieses olvidado lo que me habias prometido, hice que me acompañasen á su casa.

Marcial. Y le hablaste?

Diana. A él no, á un amigo, á un pariente suyo, á un hombre venerable, cuya alma me comprendió... y ese hombre me dijo: «Leonardo Asthon salvará vuestro honor; os lo juro en presencia de Dios!»

Marcial. Ese hombre te engañaba.

Diana. Otra mentira?... Es imposible!... su voz era solemne y su palabra sagrada!.... no, no me engañaba... Conocia su agitacion cuando le suplicaba que salvase á mi padre y á mis hermanos... No, no podia engañarme; porque cuando le dije que yo era la que debia morir y no ellos, sus sollozos ahogaban su voz y desgarraban su pecho... No me engañaba, lo sé.... Ah! salvaré á mi padre y á mis hermanos.... Sé que este sacrificio me costará la vida, y asi se lo he dicho á ese hombre... pero acaso me acompañará al sepulcro el perdon de mi padre... acaso tenga la dicha de recibir su bendicion en mi lecho de muerte!... es mi única esperanza!... Ah! seria una infamia el que ese hombre me hubiese engañado!

Chivri. (Desventurada!)

Marcial. Quizas él se engañaba á sí mismo.... porque, no era Leonardo Asthon?

Diana. No, no era él.

Marcial. Ese hombre no sabia nada.

Diana. No sabia nada, dices?... no sabia nada... Donde está mi padre, Marcial, dónde?

Marcial. Vive!

Diana. (*Dando unos pasos sin direccion fija.*) Y mis hermanos.... mis hermanos? (*Marcial vuelve la cara y llora.*)

Chivri. (*Levantándose y con voz ahogada.*) Han muerto!...

Diana. (*Dando un grito horroroso.*) Ah! padre mio! (*Se desmaya.*)

Chivri. Hija del alma... Maldito de mí que la he muerto! (*Entre él y Marcial la colocan en su sillon.*)

Marcial. Hermana! (*La da á oler un pomito de esencias.*)

Chivri. (*Arrodillándose delante de Diana.*) Hija! Diana!.. escúchame!.. soy tu padre!.. Lo sé todo; sé que eres inocente; te perdono... No me oye... (*Con desesperacion.*) Ha muerto!

Marcial. No, respira aun!.. su mano aprieta la mia... Diana!.. Diana!..

Chivri. Hija del alma!

Marcial. Ya vuelve... Oh! que no oiga vuestra voz, porque su espanto y su terror podrian asesinarla.

Chivri. (*En voz baja.*) Callaré, callaré.

Diana. (*Volviendo en sí.*) Quién me habló?.. (*Su padre le agarra la mano.*) Quién está aqui?.. (*Agarra á su padre, y le pasa la mano por el rostro reconociéndole.*) Padre mio!

Chivri. Sí, tu padre que te perdona... que te suplica que vivas, porque no le quedan mas que dos hijos para llorar con ellos por los que no existen, y para ayudarle á vengarlos.

Diana. Padre mio!

Chivri. Porque todo lo sé. Sé que no ha sido solo un crímen de cobardía... (*Levantándose.*) Oh! Leonardo Asthon!.. Una niña ciega é indefensa! No fue una seduccion, sino una violencia...

Diana. Con que no podré morir!

Criado. (*En la puerta del foro.*) Un caballero desea hablar al señor de Chivri.

Chivri. Será el procurador del rey. Marcial, llévate á tu hermana, y vuelve luego.

Diana. Qué vais á hacer, padre mio?

Chivri. No olvides que debes vengar á tus hermanos, y que debes acusar al culpable.

Diana. Y he de publicar mi deshonra!

Chivri. Acuérdate de que se sacrificaron por tí!

Diana. Y yo me sacrificaré por ellos... diré la verdad. (*Vase apoyada en el brazo de Marcial.*)

Chivri. Y será la sentencia del culpable... (*Acompaña á sus hijos hasta el foro, y despues que han salido, dice al criado.*) A ese caballero, que pase adelante.

ESCENA VI.

EL SEÑOR DE CHIVRI. LEONARDO ASTHON *entrando y cerrando la puerta.*

Chivri. (*Volviéndose.*) Leonardo Asthon!.. Leonardo Asthon!

Leonardo. El mismo.

Chivri. Aqui, en mi presencia!..

Leonardo. Si os hubiese escrito, habríais leido mi carta?

Chivri. Una carta vuestra!.. menester es ser muy osado para preguntármelo.

Leonardo. No la habríais leido!.. ya veis que era necesario que viniese en persona.

Chivri. (*Ocultando la cara entre las manos, y mirando otra vez á Asthon.*) Sí, es él! el mismo!.. y se atreve á venir!

Leonardo. Sí; porque solo vos podeis oir y saber lo que tengo que deciros.

Chivri. A mí! á mí! despues de haber causado mi deshonra y mi desgracia!..

Leonardo. Os equivocais, señor conde; existe una deshonra mas horrorosa y una desgracia mas irreparable, de la que quisiera salvaros.

Chivri. Te crees autorizado para insultarme, porque mataste á mis hijos!.. Ah! no sabes que yo puedo matarte á tí, y que Dios y los hombres me absolverán?.. (*Toma la espada y se arroja á él; Leonardo le desarma y la arroja á sus pies.*)

ESCENA VII.

Dichos. MARCIAL.

Marcial. (*Entrando.*) Gran Dios! Leonardo Asthon.

Leonardo. Leonardo Asthon, que acaba de evitar un crimen á vuestro padre.

Marcial. (*Queriendo recoger la espada.*) Pues bien! yo le cometeré.

Leonardo. (*Colocando el pie sobre la espada.*) Dejad esa espada, niño... os seria tan inútil para asesinar-

me, como lo fué á vuestros hermanos para combatir conmigo.

Chivri. (*Agarrando á su hijo y arrastrándole lejos de Leonardo.*) Hijo mio! no te acerques á ese hombre!

Leonardo. Dignaos escucharme, y acaso me compadecereis tanto, como yo os compadezco á vos.

Chivri. Infame!

Leonardo. Y si no fuese culpable...

Chivri. Cobarde!.. Leonardo! ignoro la mentira que vas á decirme; pero sé ya que es la de un cobarde, la de un infame!

Marcial. Sí, la de un cobarde, la de un infame!..

Leonardo. Ambos podeis insultarme... Y tú, anciano, aun cuando me escupieras á la cara... y tú, niño, aun cuando me abofetearas como tus hermanos, no me arrancaríais una palabra, ni un gesto de cólera.

Chivri. Insultarte?.. Oh! no; lo que yo quiero es perderte, deshonrarte.

Leonardo. Señor conde, el dolor estravía vuestra razon, y os olvidais de vuestra hija.

Chivri. Sí, tienes razon... será conocida la deshonra de mi hija.... porque tendré que acusarte de haberla causado; pero te acusaré...

Leonardo. Mirad bien lo que haceis, no sea que recaiga sobre vos.

Chivri. Viniste demasiado tarde: te acusé ya.

Leonardo. Qué habeis hecho?.. cielo santo!

Chivri. Ah!.. tienes miedo ahora... porque se sabrá que el virtuoso Asthon, el valiente soldado, que era el orgullo de un partido, fue á mendigar un asilo en el mismo castillo en que su abuelo murió como un héroe; porque se sabrá que te ocultaste en él cobardemente, y que pagaste la hospitalidad con la infamia, y que arrancaste el honor á quien te dió la vida.

Leonardo. Pobre Diana!.. la harán padecer cuantos tormentos pueden imaginarse.

Marcial. Se atreve á compadecerla...

Leonardo. Sí; porque es desgraciada; porque es víctima noble é inocente! Acaso le pidais cuenta de la sangre de sus hermanos, siendo asi que vos la habeis hecho derramar, y cuando por ellos quiso sacrificar-

se! Infeliz! la arrastrareis al pie del tribunal para que refiera su deshonra, á fin de consumar la mia, y solo conseguireis perderla!... porque se sabrá su vergüenza, y el culpable se os escapará.

Chivri. (*Corriendo á la puerta.*) Se me escapará, dices?.. Quisieras huir? No. Los magistrados estan avisados, y hasta que vengan no saldrás de aqui.

Leonardo. Lo habeis querido! Acusado delante de vos, habia venido para defenderme delante de vos solo; pero acusado delante de los magistrados, solo delante de los magistrados me defenderé..... y acaso mas vale asi... Hubiérase procurado indagar la causa de ese combate fatal, hubiérase podido descubrir.... y yo no quiero que se sospeche siquiera de ese nombre de Asthon que quereis marchitar.

Chivri. Miserable! confias en la compasion y en el amor de tu víctima!.. no... te acusará!

Leonardo. Lo sé.

Marcial. Te desprecia.

Leonardo. Lo sé.

Chivri. Te deshonrará!

Leonardo. Veremos... Decidle, sin embargo, que Leonardo Asthon ha venido para cumplir el juramento que un amigo le habia hecho en su nombre; decidle que ha sufrido injurias y ultrajes para salvar su honor de una afrenta pública; y que si debe sufrir esta última desgracia, es por haberlo querido vosotros asi.

ACTO QUINTO.

Tribunal: el presidente y los jueces en el foro; los jurados á la izquierda del espectador; en el mismo lado el procurador del rey un poco hácia el proscenio. El acusado de frente al espectador; el escribano en el foro, debajo y delante del tribunal.

ESCENA PRIMERA.

EL PRESIDENTE. LEONARDO. EL PROCURADOR DEL REY. LOS JUECES. LOS JURADOS. UN UGIER.

Presidente. Señores; hemos oido las declaraciones de los testigos de Lascy y de Vigneul; pero quisiéramos saber qué consecuencias trata de sacar el acusado de estas declaraciones, que son enteramente estrañas del asunto que nos ocupa.

Leonardo. Prueban que fui insultado en mi propia casa por los señores de Chivri, sin que precediese provocacion de mi parte, ni esplicacion de la suya; prueban que me ví en la necesidad de aceptar un desafío cuya causa ignoraba.

Presidente. Sosteneis que la ignorais?

Leonardo. Y espero probarlo; porque, señores, en este desgraciado desafío, era yo el que pedia satisfaccion, no el que la daba.

Presidente. Pues bien, lo probareis. Ahora se va á llamar á los testigos que deben declarar contra vos: antes de esta prueba debo preguntaros otra vez si insistís en no contestar á las preguntas que os he hecho.

Leonardo. Insisto en ello.

Presidente. Durante el sumario os habeis negado á dar toda esplicacion, diciendo que os justificaríais en presencia de vuestros jueces; ya llegó el momento de hablar.

Leonardo. Todavía no, señor presidente.

Presidente. Mirad que ese obstinado silencio puede interpretarse fácilmente contra vos.

Leonardo. Lo sé.

Proc. del rey. (*Con amabilidad.*) Y no olvideis que puede tambien autorizarnos para pedir que la vista de esta causa se aplace para otra sesion.

Leonardo. Seria injusto: aguardo á que se hayan presentado contra mí todas las acusaciones para contestar á ellas; y despues de que se hayan oido á los testigos y las esplicaciones que me comprometo á dar, acaso os parezca que mi conducta ha sido tal cual debia ser.

Presidente. Basta: que entre el señor de Chivri. (*Vase un ugier.*)

ESCENA II.

Dichos. EL SEÑOR DE CHIVRI.

Presidente. (*Al señor de Chivri que entra.*) Vuestro nombre?

Chivri. Jorge Bernard, conde de Chivri, par de Francia.

Presidente. Jurais decir verdad?

Chivri. Sí juro.

Presidente. Conoceis al acusado?

Chivri. Le conozco.

Presidente. En qué época le visteis por primera vez?

Chivri. El dia en que mis hijos fueron á pedirle cuenta del honor de mi nombre.

Presidente. Y en qué sitio?

Chivri. En el del combate, que acababa de costar la vida á mis hijos.

Presidente. Y no le habíais visto antes?

Chivri. Nunca.

Proc. del rey. Ruego á los señores jurados que tengan presente esa circunstancia.

Presidente. Señor conde, decid cuanto sepais acerca del negocio.

Chivri. Estaba en Paris en 1833, cuando recibí de la señora de Kermic, mi madre política, una carta concebida en estos términos: «Venid antes de que

muera, porque tengo que confiaros un secreto, que solo un padre puede oir.» Mis hijos estaban á mi lado cuando recibí esta carta; quisieron acompañarme; nos pusimos en camino, y llegamos á media noche al castillo de Kermic. Entré en la habitacion de mi madre; mi hija estaba con ella, y en su presencia me contó la señora de Kermic que en octubre de 1832 habia dado asilo á un proscripto. Este proscripto, me dijo, correspondió con un crímen á mi hospitalidad, y vuestra hija ha sido su víctima.... Pregunté el nombre del culpable, y me contestaron que se llamaba Leonardo Asthon.

Presidente. Estais seguro de que la señora de Kermic os dijo Leonardo Asthon?

Chivri. Lo juro! yo solo puedo dar testimonio de esta horrible revelacion; porque la que la hizo sucumbió de dolor, y mis dos hijos que me acompañaban han muerto á manos del que me deshonró; pero su muerte es una prueba sagrada que atestigua la certeza de lo que acabo de revelaros.

Presidente. (*Despues de una pausa.*) Leonardo, qué teneis que decir?

Leonardo. Nada.

Presidente. Aceptais por verdadera la declaracion del testigo?

Leonardo. Al menos creo que es sincera.

Presidente. Luego confesais haber admitido en 1832 un asilo en casa de la señora de Kermic?

Leonardo. No puedo contestar á esa pregunta.

Presidente. (*Al señor de Chivri.*) Pero no supísteis que vuestra hija tuvo una entrevista con un amigo de Leonardo Asthon?

Chivri. Sí, señor; mi hija, con la esperanza de obtener de una vez la reparacion que se le debia, de evitar un acontecimiento funesto, fue á casa del acusado; mas parece que únicamente encontró á un amigo de éste, que le prometió en su nombre volverle el honor.

Presidente. Podeis decirnos quién es la persona que recibió á vuestra hija?

Chivri. Lo ignoro.

Presidente. Acusado, conoceis á esa persona?

Leonardo. La conozco.

Presidente. Nombradla.

Leonardo. No puedo. (*Murmullos.*)

Presidente. No podeis, porque necesitais faltar á la palabra que un hombre de honor creyó poder dar en vuestro nombre.

Leonardo. Eso se verá á su tiempo; mientras tanto preguntaré al señor de Chivri, si no fuí á su casa con el objeto de cumplirla?

Chivri. Sí; vino en efecto ese hombre á mi casa el mismo dia en que murieron mis hijos; no sé qué mentira tenia preparada para engañarme, porque no quise oirle.

Presidente. Que llamen á Marcial de Chivri. (*Vase el ugier y entra á poco rato.*)

Leonardo. Quisiera saber si se ha encontrado al testigo Valeriano, que, segun consta en el acta de acusacion, me introdujo en casa de la señora de Kermic.

Presidente. Bien sabeis que no se ha podido descubrir su paradero, y acaso nos podriais decir mejor que nadie donde y por qué se oculta, sin embargo de que no hace falta para la acusacion. (*El ugier ha estado hablando con el procurador del rey.*)

Leonardo. Ni tampoco para mi justificacion.

Proc. del rey. Me acaban de revelar una cosa muy estraordinaria; no se encuentra á Marcial de Chivri; parece que se ha ausentado.

Chivri. Mi hijo!

Proc. del rey. La señorita de Chivri ha dicho al ugier, que cuando entró su hermano en la sala de los testigos le entregaron una carta; que pareció turbarle mucho, y que en el momento desapareció.

Presidente. Eso hará ya mas de dos horas... No importa; le oiremos despues: que llamen á la señorita Diana de Chivri.

Leonardo. Señor presidente, no ignoro cuán penoso debe ser para la señorita de Chivri el interrogatorio que va á sufrir... Sin embargo, deseo que se precise en esta declaracion cuanto puede acusarme. (*Murmullos.*) No olvideis que en eso consiste el derecho de mi defensa, y que necesito saber exactamente á lo que tengo que contestar.

Presidente. El tribunal cuidará de que nada falte para aclarar la verdad...

ESCENA III.

Dichos, DIANA.

Presidente. Acercaos, señorita, y tranquilizaos... Estais en presencia de un tribunal que sabrá protegeros y guardaros todo el respeto á que sois acreedora... (*Profundo silencio.*) Vuestro nombre?

Diana. Luisa Diana de Chivri.

Presidente. Jurais decir verdad?

Diana. Sí juro!... (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Oh! Dios mio!..

Presidente. Dad una silla al testigo. (*Diana se sienta; Leonardo toma un papel y escribe.*) Señorita; vuestro padre se halla junto á vos; y en este recinto, os respetan y compadecen todos los corazones.... Sosegaos, y contestadme...

Diana. Ah!.. no puedo... (*Leonardo escribe.*)

Chivri. Diana, hija mia, ten valor...

Diana. Ah! padre mio!.. me parece que todas esas miradas me abrasan.

Presidente. Señores jurados, concederemos al testigo un momento para que se tranquilice. (*Leonardo da un papel escrito á su abogado, y este le envia al presidente, quien, despues de haberle leido, dice al tribunal.*) Señores; el acusado acaba de hacerme entregar una nota que debo comunicaros.... Dice asi: «Deseando evitar á la señorita de Chivri la penosa relacion que se le va á pedir; acepto por verdaderos todos los hechos establecidos en el acta de acusacion que se os ha leido... Suplico únicamente al señor presidente que haga á la señorita de Chivri las preguntas siguientes.... (*Lee.*) Preguntadle, si Leonardo Asthon, durante su permanencia en casa de la señora de Kermic, pasó en distintas ocasiones todo un dia fuera del castillo, ó si se quejó alguna vez de alguna herida reciente.»

Diana. Nunca.

Proc. del rey. Antes de pasar adelante, debo invitar

al acusado á que haga por sí mismo esas preguntas al testigo. (*Leonardo guarda silencio.*) No contestais, caballero... (*Murmullos.*)

Presidente. No importa, señores, que el acusado se niegue á contestar; de todos modos sentenciaremos esta causa, pues no se evade tan fácilmente la ley... Pero antes debo manifestaros la última pregunta que quiere que se haga al testigo... (*Murmullos; á poco, silencio.*) A pesar de que es una burla insultante, no puedo prescindir de dar cuenta de cuanto pueda contribuir á ilustraros... Dice asi: «Preguntad al testigo si conoce al acusado.»

Diana. (*Tapándose la cara con las manos.*). Ah! Dios mio! Dios mio!

Chivri. Os juro que si hablase le reconoceria al momento.

Presidente. Señorita, conoceríais al acusado, si hablase?

Diana. Sí; le conoceria!

Presidente. (*Despues de una pausa, y con severidad.*) Leonardo; supongo que ahora, lo mismo que antes, no tendreis nada que decir, y que os negareis á contestar...

Leonardo. (*Levantándose.*) Os equivocais, señor presidente... llegó el momento de hablar y de justificarme...

Diana. (*Dando un grito.*) Quién ha hablado, Dios mio?... quién ha hablado?

Presidente. El acusado!

Diana. Qué acusado?

Presidente. Leonardo Asthon!..

Diana. Leonardo Asthon!.. no, no es él! (*Movimiento general en el auditorio.*)

Chivri. Hija mia!

Diana. No, no es él!.. Es la voz del desconocido que me prometió que Leonardo me volveria el honor.

Presidente. Pero ese desconocido es Leonardo Asthon!..

Diana. No, no es él... no es él...

Leonardo. No soy el que os deshonró y abandonó, y sin embargo soy Leonardo Asthon.

Diana. Habeis oido?.. Veis como no es él!

Chivri. Diana!.. Diana!.. recobra la razon! recuerda

esa voz... reconoce al culpado... Ah!.. hablad!.. hablad, que os oiga...

Diana. Si ya os he dicho que no es él... Dios mio!

ESCENA IV.

Dichos, MARCIAL.

Marcial. Tiene razon, Diana, y yo recibí demasiado tarde esa horrorosa revelacion... No, no es Leonardo Asthon...

Chivri. Pues quién es el culpado?

Leonardo. Acaso solo Dios lo sabe!.. Me interesaba probar mi inocencia, y hubiera podido defenderme y justificarme tan luego como se instruyó el sumario... pero si lo que acaba de pasar en presencia de todos, hubiese pasado en el gabinete de un magistrado, no faltaria quien dijese que la desventurada, cuyo acento de verdad resuena aun en este recinto, fingiendo no conocerme, habia cedido á una pasion fatal ó á vergonzosos temores... y habria salido libre de esa acusacion, pero con una mancha en el honor de mi nombre.

Chivri. Ah! muy satisfecho estareis, porque nos cuesta caro vuestro triunfo.

Presidente. Señores; es preciso terminar tan dolorosos debates.

Leonardo. Un momento, señor presidente; aun no lo he dicho todo... Os suplico que me escucheis; escuchadme todos. (*Deja el banco de los acusados y se acerca al señor de Chivri.*) Caballero, un fatal error os ha privado de vuestros hijos; pero Dios y los hombres saben que soy inocente de su muerte... y sin embárgo, con el sentimiento de haberlos perdido, os han dejado una hija deshonrada.

Diana. Piedad, Dios mio, piedad!

Leonardo. Deshonrada, dije? No, no lo está; y acaso eran indispensables estos debates para que todos los corazones abrigasen el mismo pensamiento que abriga el mio... el de que nunca existió desgracia mas sagrada, ni inocencia mas pura, ni virtud mas santa.

Diana. Oh! no os compadezcais de mí!.. sed menos grande y olvidaré lo que me habíais prometido.

Chivri. A mí me prometió que la deshonra caeria sobre nosotros... y ha cumplido su palabra.

Leonardo. No, señor... porque en cambio de vuestra sangre que inocentemente derramé, os ofrezco reparar el ultraje que no os he hecho.

Chivri. Qué quereis decir?

Diana. Marcial!.. qué dice?

Leonardo. Señorita.... porque yo respeto mas vuestra desgracia, que otros han respetado vuestra inocencia, os ofrezco el nombre de Asthon, cuya pureza quise acrisolar para que fuese mas digna de vos... Diana, en el momento en que os digneis alargar la mano, encontrareis la que os ofrecí para apoyaros, sin temor de que os falte... y si la vergüenza os obligó á bajar la cabeza, el nombre de Asthon os permitirá levantarla...

Diana. Ah!.. tú que le ves, Marcial... dime: debe ser muy hermoso, no es verdad?

Chivri. Basta, caballero, basta!.. El matador de mis hijos no ocupará nunca su puesto.

Diana. (*A Marcial que está al lado de Leonardo.*) Marcial; si Dios le inspira cumplir tan noble pensamiento, recuérdale lo que le prometí... La cadena que le impondré no será larga... Le juré que moriria pronto.

Leonardo. Vivireis para ser feliz...

Chivri. Vivirá; pero para llorar conmigo... Ven, hija mia.

Diana. Ah!... ese noble corazon es el que yo habia amado.

Leonardo. (*A Marcial.*) Sea cual fuere la decision de vuestro padre, me queda que cumplir un fatal deber.

Marcial. Ya no debeis cumplir ninguno.

Leonardo. Me queda que saber un nombre.

Marcial. Hace dos horas que me le reveló su cómplice.. (*Se desabrocha.*) Mirad...

Leonardo. Herido!.. y él?

Marcial. Muerto!.. Dejad que el dolor dé entrada á la justicia en el corazon de un padre... pero os juro que el que quiere volver el honor á mi hermana, será mi hermano!

Leonardo. (*Apretándole la mano.*) Gracias!..

FIN.

Se suscribe á 2 rs. en Madrid en la librería de Escamilla, *calle de Carretas, en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y á 4 en las provincias en las siguientes:*

Cádiz en la de.	*Hortal y Compañía.*
Barcelona.	*Piferrer.*
Valladolid.	*Rodriguez.*
Zaragoza.	*Yagüe.*
Granada.	*Sanz.*
Valencia.	*Mallen.*
Coruña.	*Perez.*
Burgos.	*Arnaiz.*
Victoria.	*Hormilugue.*
Santander.	*Martinez.*
Santiago.	*Rey Romero.*
Sevilla.	*Caro Cartaya.*
Oviedo.	*Longoria.*
Málaga.	*Carrera.*
Murcia.	*Benedicto.*
Pamplona.	*Suarez.*
Córdoba.	*Berard.*
Badajoz.	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.	*Cabrera.*
Jerez.	*Bueno.*